

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — TOMO XXXVII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

AÑO 30. — N° 960.

SUMARIO.

Las cercanías de París durante la guerra civil; grabados. — La batalla de París. — Cuerpo sin alma. — La barca de Chatou; grabado. — El puente del ferro-carril de Chatou; grabado. — M. Marechal, alcalde de Metz; grabado. — Una patrulla prusiana entre Chatou y el Vesinet; grabado. — Revista de París. — Poesías. — Demolicion de la columna Vendome; grabados. — El orgullo de un hombre. — Explosion de la cartucheria Rapp; grabado. — Bernabé Rudge, novela escrita en inglés por Carlos Dickens. — Las aventuras de maese Block; grabados.

Las cercanías de París

DURANTE LA GUERRA CIVIL.

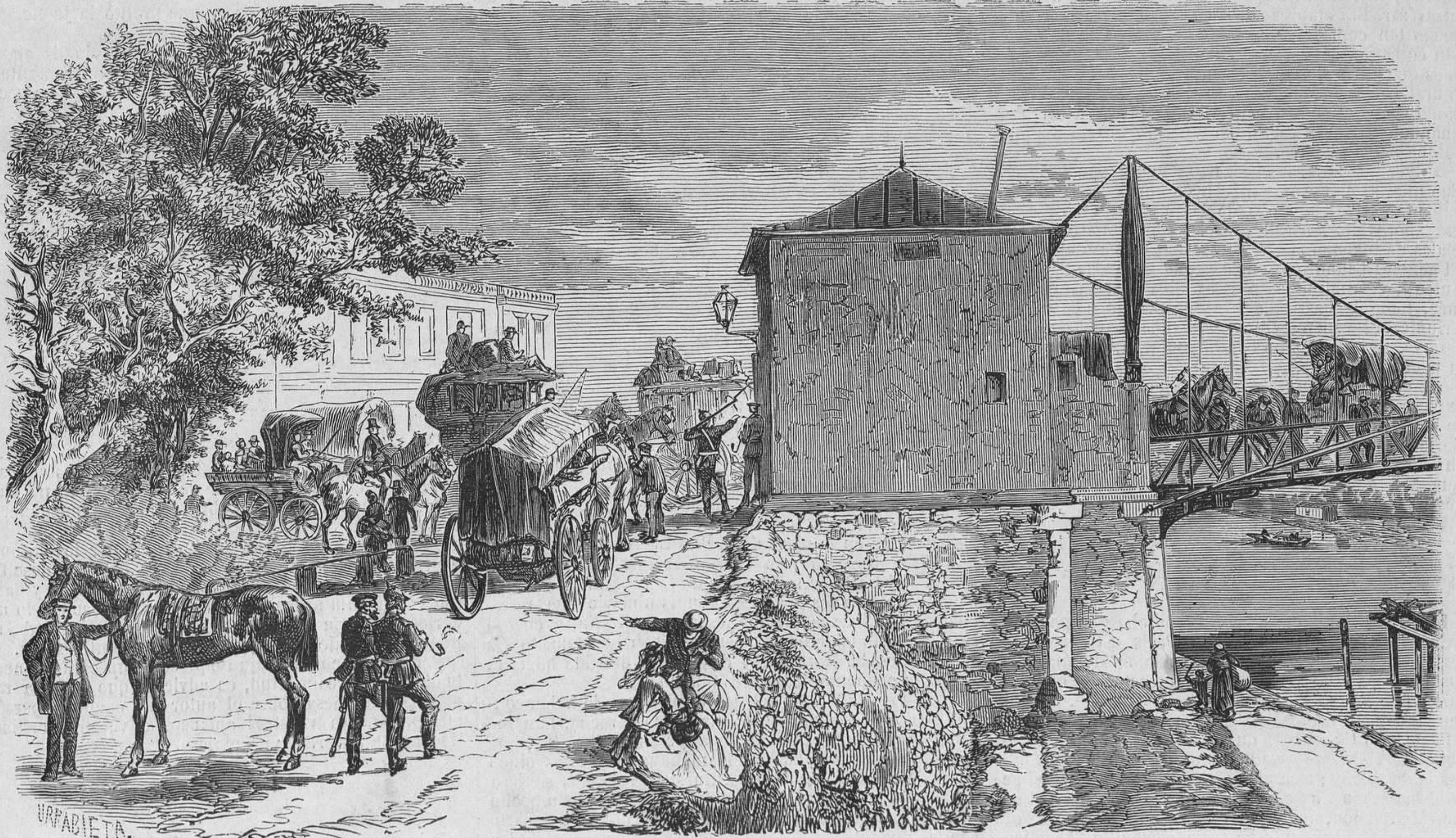
París ha cambiado mucho durante dos meses; como un rio que sale de madre, ha invadido los pueblos del contorno; ha sido como una verdadera inundacion, y por do quiera donde se tendia la vista en busca de una habitacion, casa, hotel ó posada, se encontraba siempre á la emigracion de París que lo ocupaba todo.

Versalles es naturalmente el cuartel general de la

emigracion; es el Coblenz de este nuevo 93, y podria escribirse una obra voluminosa con este título: « Un viaje de París á Versalles bajo el Gobierno de la Comuna, en el año de gracia de 1871, » pues, con efecto, ese viaje cuesta mas tiempo y fatigas que si se fuera al Havre ó á Bruselas.

Por consiguiente, me limitaré hoy á escribir algunas notas que acompañen á mis dibujos.

Estando cortadas las dos líneas del Oeste para salir de París, hay que tomar el ferro-carril del Norte, con direccion á Saint-Denis, de donde se puede marchar á Versalles pasando por Nanterre y Bougival. Pasaré por alto las dificultades que hay que vencer para atravesar



DE PARÍS Á VERSALLES DURANTE LA GUERRA CIVIL. — El puente de Saint-Denis guardado por los prusianos.

las salas de la estación que guardan los cancheros de la Commune, habiendo hablado ya de los medios más ó menos ingeniosos que emplean los *refractarios* para burlarse de la leva en masa.

Estamos en Saint-Denis. Al salir de la estación, el viajero se ve asaltado por una nube de individuos que se disputan su persona, y que le aturden ofreciéndole un puesto en un vehículo cualquiera.

Lícito es que no falten carruajes; los hay de todas formas, de todas dimensiones y á todos precios, desde el cupé más elegante hasta la carreta del hortelano con dos filas de sillas, todos estos carruajes marchan en fila por la calle que conduce al Sena, y atraviesan el puente colgante. Los centinelas prusianos cuidan del buen orden.

El puente de Saint-Denis es uno de los pocos que han tenido el raro privilegio de librarse de la destrucción cuando el ejército alemán venía á París. Con efecto, solo en el Sena se cuentan veinte y ocho puentes quemados ó demolidos por la mina entre París y Rouen, y al contemplar tantas ruinas no se puede menos de deplorar la precipitación con que se hicieron tantas cortaduras. Los dos puentes de Chatou han sufrido la suerte común. El del ferro-carril de Saint-Germain presenta el más lastimoso aspecto; ahora se pasa el río en el aparato primitivo que representa mi dibujo.

El Sena, en Chatou como en Saint-Denis, es la frontera que limita el territorio ocupado por las tropas alemanas, las cuales vuelven á estar en las localidades que evacuaron antes; así es que todos esos pueblos han tenido que sufrir por segunda vez una invasión de que se creían ya libres, gracias á la Commune.

Antes de la llegada de los cuerpos prusianos de ocupación salían diariamente de Saint-Denis para explorar el país destacamentos de infantería y de caballería. Una patrulla de estas se encontraba en Chatou cuando pasaba yo. El oficial que la mandaba había hecho alto á la orilla del río en un sitio desde el cual se distingue el Monte-Valeriano, y con un anteojo de larga vista examinaba el fuerte que aparecía á lo lejos envuelto en el humo de sus cañones. Este es el asunto de otro de mis dibujos.

P. P.

La batalla en Paris.

Los partes oficiales sobre la terrible lucha que durante una semana ha ensangrentado las calles de París, constituyen la historia más lacónica y exacta de las operaciones militares, á cuya consecuencia ha sucumbido la insurrección del 18 de marzo. Sin perjuicio de insistir en todos aquellos puntos en que lo exijan los dibujos que preparamos, hé aquí los partes.

La entrada de las tropas en París fué anunciada por M. Thiers de este modo en la Asamblea, sesión del 23 de mayo:

« Gracias á nuestra poderosa artillería, hemos podido caminar con una rapidez poco ordinaria, ya contra los fuertes, ya contra las partes del recinto que debíamos atravesar. Era empresa difícil abrir con la zapa un espacio tan considerable como el bosque de Boulogne; sin embargo, se hizo en cinco días: mas no pensábamos que antes de tres á cuatro se pudiera asaltar la muralla. Nos hemos librado de tan cruel necesidad, la sangre generosa de nuestros soldados no ha corrido, ó cuando menos, ha corrido en una proporción menor de lo que podía temerse.

» Ayer por la tarde el bizarro general Douay observó que nuestra artillería había hecho más destrozos que suponía, y que la brecha de la puerta de Saint-Cloud era abordable. Por esta brecha se precipitaron los oficiales de ingenieros con compañías y siguió el ejército. El general Ladmiraull entró por la puerta de Passy y de Auteuil, y penetrando en la avenida de la Grande Armée, tomó la barricada y se posesionó del Arco de Triunfo. El general Vinoy, comandante del cuerpo de reserva, se dió la mano con el general Cissey que abrió la puerta de Sevres.

» De este modo nuestros tres cuerpos de ejército se encontraron en París. El 2º cuerpo (general de Cissey) se puso en posición de ocupar todo el barrio de San German, teniendo su izquierda en Grenelle, y su derecha en la estación de Montparnasse, en tanto que el general Clinchant tomó por el faubourg Saint-Honoré y llegó á la Opera.»

El contenido de los partes es el siguiente:

Versalles 23 de mayo.

Los acontecimientos siguen la marcha que podíamos prever: hay 90,000 hombres en París. El general de Cissey está establecido desde la estación Montparnasse hasta la Escuela Militar y acaba de costear la orilla izquierda del Sena hasta Tullerías, el Louvre, la plaza Vendome para dirigirse luego hacia el Hotel de Ville.

El general Clinchant, dueño de la Opera, de la estación Saint-Lazare y de Batignolles, ha tomado la barricada de Clichy; está al pié de Montmartre que el general Ladmiraull ha cercado con dos divisiones. El general Montaudon, siguiendo por el exterior el movimiento del general Ladmiraull, ha tomado Neuilly, Levallois-

Parret, Clichy y atacado á Saint-Ouen. Ha cogido 405 cañones y una infinidad de prisioneros.

La resistencia de los insurrectos cede poco á poco, y todo hace esperar que si la lucha no termina hoy, estará terminada mañana por la tarde, y para mucho tiempo.

El número de prisioneros es ya de 5 á 6,000, y se doblará mañana. En cuanto al número de muertos y heridos, es imposible fijarlo, pero es considerable.

Por el contrario el ejército ha tenido pérdidas poco sensibles.

A las 9 y 30 m. de la noche.

La bandera tricolor ondea en las Buttes-Montmartre y en la estación del Norte; estas posiciones decisivas han sido tomadas por los cuerpos de los generales Clinchant y Ladmiraull; se han hecho de 2 á 3,000 prisioneros.

El general Douay ha tomado la iglesia de la Trinidad y marcha contra la alcaldía de la calle Drouot; los generales de Cissey y Vinoy marchan hacia el Hotel de Villa y las Tullerías.

25 de mayo, 4 de la mañana.

Ocupamos el fuerte de Montrouge y la meseta de las Hautes-Bruyeres. El cañon retumba del lado de Bicetre y de los bastiones que le corresponden.

Se han visto incendios del lado de la Bastilla. Parece que aun existe resistencia en el Este. El humo y la niebla impide distinguir el color de los pabellones.

A las 7 y 25 m. de la mañana.

Somos dueños de París, salvo una pequeña parte que será ocupada en la mañana de hoy. Las Tullerías están reducidas á cenizas. El Louvre se ha salvado. La parte del ministerio de Hacienda que va á la calle de Rivoli ha sido incendiada.

El palacio del malecon de Orsay en que residía el Consejo de Estado y el Tribunal de Cuentas, ha sido incendiado igualmente. Tal es el estado en que nos entregan á París los foragidos que lo oprimian. Nos han dejado 42,000 prisioneros, y tendremos seguramente de 48 á 20,000. El suelo de París está cubierto de cadáveres.

Este horrible espectáculo servirá de lección á los insensatos que se atrevían á declararse partidarios de la Commune. La justicia, además, satisfará en breve á la conciencia humana, indignada de los actos monstruosos de que la Francia y el mundo han sido testigos.

El ejército ha sido admirable, y podemos anunciar en medio de tantas desgracias, que, gracias á la prudencia y pericia de nuestros generales ha sufrido muy pocas pérdidas.

27 de mayo, á las 7 y 15 m. de la noche.

Nuestras tropas no han dejado de perseguir á la insurrección palmo á palmo, tomándole diariamente las posiciones más importantes de la capital, y haciéndole un número de prisioneros que se eleva ya á 25,000, sin contar los muertos y heridos. En esta marcha perfectamente calculada, nuestros generales y su ilustre jefe han querido economizar la vida de nuestros valientes soldados, que hubieran deseado franquear al paso gimnástico los obstáculos que se oponían á su marcha.

En tanto que en el exterior del recinto nuestro principal oficial de caballería, el general du Barrail, tomaba con soldados de caballería los fuertes de Montrouge, de Bicetre y de Ivry, y que en el interior el cuerpo de Cissey ejecutaba las excelentes operaciones que nos han hecho dueños de toda la orilla izquierda, el general Vinoy, siguiendo la corriente del Sena, se dirigió hacia la plaza de la Bastilla, erizada de trincheras formidables, y tomaba esta posición con la división Vergé; luego con las divisiones Bruat y Facon, se apoderó del faubourg San Antonio hasta la plaza del Trono.

No se debe olvidar en esta operación el concurso eficaz y brillante prestado por nuestra flotilla á las tropas del general Vinoy. Estas tropas han tomado hoy mismo una fuerte barricada en el extremo Montreuil. Han tomado posesión al Este, al pié de las alturas de Belleville, último asilo de la insurrección que huyendo, venga su derrota con el incendio.

En el centro, volviendo hacia el Este, el cuerpo de Douay ha seguido la línea de los boulevares apoyando su derecha en la plaza de la Bastilla, y su izquierda en el Circo Napoleon. El cuerpo de Clinchant, yendo á unirse al Oeste con el cuerpo de Ladmiraull, ha tenido que vencer en los Magasins Réunis una violenta resistencia que ha vencido valerosamente. En fin, el cuerpo del general Ladmiraull, después de haber tomado las estaciones del Norte y del Este, se ha dirigido hacia la Villette ocupando las Buttes Chaumont.

Así, los dos tercios del ejército después de haber conquistado sucesivamente toda la orilla derecha, han venido á colocarse al pié de las alturas de Belleville, que deben atacar mañana por la mañana. En estos cinco días de combates continuos, nuestros soldados se han mostrado tan enérgicos como infatigables, y han hecho verdaderos prodigios, mucho más meritorios por parte de los que atacan las barricadas que por parte de los

que las defienden. Sus jefes se han mostrado dignos de mandar á estos soldados, justificando plenamente el voto que la Asamblea les ha concedido.

Después de las horas de reposo que toman en este instante, terminarán mañana en las alturas de Belleville la gloriosa campaña que han emprendido contra los demagogos más odiosos y más criminales que el mundo ha visto, y sus patrióticos esfuerzos merecerán la eterna gratitud de la Francia y de la humanidad.

Pero no es sino á costa de pérdidas dolorosas como nuestro valiente ejército ha prestado á la naturaleza tan memorables servicios. El número de nuestros muertos y heridos no es grande, pero es sensible.

Tenemos que llorar al general Leroy de Dais, uno de los oficiales más valerosos y distinguidos de nuestros ejércitos. El comandante Segoyer, del 26 de cazadores á pié, habiendo adelantado mucho, fué cogido por los foragidos que defendían la Bastilla, y sin respeto de las leyes de la guerra, fusilado inmediatamente.

Este hecho está de acuerdo con la conducta de hombres que incendian nuestras ciudades y monumentos, y que habían reunido licores ponzoñosos para envenenar á nuestros soldados casi instantáneamente.

28 de mayo, á las 2 y 15 m. de la tarde.

Nuestros cuerpos de ejército encargados de operar en la orilla derecha, estaban desde ayer tarde colocados al pié de las Buttes-Chaumont y de las alturas de Belleville. En la noche han vencido todos los obstáculos. El general Ladmiraull ha franqueado el estanque de la Villette, el matadero, el parque del ganado y subió por las Buttes-Chaumont y las alturas de Belleville. El joven Davoust, digno del nombre que lleva, ha tomado las barricadas, y al alba, el cuerpo Ladmiraull coronaba las alturas. El cuerpo de Douay, por su parte, salía del boulevard Richard-Lenoir para abordar, por el centro, las mismas posiciones de Belleville.

Al mismo tiempo el general Vinoy entraba en el cementerio del Pere-Lachaise, y tomaba la alcaldía del 20º distrito y la prisión de la Roquette. Los marinos han desplegado en todas partes su arrojo acostumbrado. Al entrar en la Roquette hemos tenido el consuelo de salvar 469 rehenes que iban á ser fusilados. Pero por desgracia, los foragidos á los que arrancamos á París incendiado y ensangrentado, habían tenido tiempo de fusilar á 64, entre los cuales anunciamos con dolor se hallaban el arzobispo de París, el abate Deguerry, excelente sugeto, el presidente Bonjean y otras personas de bien y de talento. Después de haber asesinado, estos últimos días, al generoso Chaudey, corazón lleno de bondad, republicano invariable, ¿ á quién podían perdonar?

Ahora, rechazados al extremo del recinto, entre el ejército francés y los prusianos que les vedan el paso, van á expiar sus crímenes y no les queda más recurso que morir ó rendirse. El culpable Delescluze ha sido recogido muerto por las tropas del general Clinchant; Milliere, no menos famoso, ha sido fusilado por haber disparado tres tiros de revolver contra el cabo que lo arrestaba. Estas expiaciones no nos consuelan de tantas desgracias, de tantos crímenes especialmente, pero deben hacer conocer á esos insensatos que no se provoca en vano á la civilización, y que pronto la justicia responde por ella.

La insurrección, reducida en un espacio de algunos centenares de metros, está vencida definitivamente. La paz va á renacer, pero no podrá borrar de los pechos leales y patriotas el profundo dolor que los atrista.

A. THIERS.

Cuerpo sin alma.

CUENTO FANTÁSTICO.

Advertencia.

Yo he sido siempre muy aficionado á libros viejos, y poseo una colección bastante voluminosa que no daría por una librería entera de obras modernas, encuadernadas en tafete.

En uno de estos libros, medio roído por los ratones, y en el que es difícilísimo leer, pues hay que descifrar palabra por palabra á causa de estar manuscrito y haber tomado la tinta un color indefinible, he encontrado una curiosa historia que voy á transcribir arreglándola á nuestro lenguaje actual, y no dejaré de interesaros.

Pero, como en su conjunto presenta un carácter acentuado de inverosimilitud, os advierto que toda la responsabilidad pesa sobre el autor del cuento y para su memoria serán vuestros aplausos ó vuestras críticas. Hecha esta advertencia, empiezo.

I.

Bajo el reinado de la Católica Isabel Primera de Cas-

tilla, y cuando la augusta Señora tenía sitiada de cerca á Granada, último refugio del pueblo moro, vivía en Sevilla un judío tan pequeño que recordaba á los enanos de los cuentos de Hadas, tan flaco que sus huesos amenazaban perforar la piel, y tan feo que era modelo de monstruosidad.

Su frente deprimida ceñía una corona de pelo rojizo y crespo; sus ojos saltones, de color verde que poseía la lijeza de los del tigre, brillaban encima de sus pómulos amarillentos, causando al que los observaba una especie de alucinación; su nariz era aguileña; sus labios finos y el superior descansaba con flojedad sobre el inferior; en cuanto á la barba formaba una línea tan suave, que no se distinguía la separación natural entre la boca y el principio del cuello.

Pero, si bien el físico del judío era desagradable, su voz tenía una dulzura infinita y su alma una elevación que por cierto no caracteriza á su raza; nadie sabía su verdadero nombre, pues vivía rodeado de misterio, pero era cosa conocida de todos, que el judío debía ser uno de los siete sabios de Grecia resucitado, y su fama más notoria entre el vulgo era la que disfrutaba como médico.

Contábanse de él cosas prodigiosas que fuera largo mencionar y algunos creían que el demonio le prestaba su auxilio; es de notar como en aquellos tiempos y aun en los que alcanzamos, tan cristianos y fervorosos, todo lo grande, incomprendible y raro, se atribuía á Satanás en vez de achacarlo á Dios, verdadero principio de la inteligencia.

Lo cierto es que el judío, llamado simplemente José, era un sabio entregado al estudio de las ciencias naturales desde su juventud y había alcanzado un grado de sabiduría tal, que los actos de su ciencia podían calificarse de sobrehumanos.

II.

Una tarde de julio, José paseaba á la puesta del sol por las afueras de Sevilla; su rostro no revelaba su pensamiento, pero por su mirada dirigida á la verdura del suelo, y luego á la cerúlea esfera, se podía deducir consideraba la grandeza del Hacedor.

Abstraído en sus reflexiones llegó poco á poco al cementerio de la ciudad sin notarlos; pasó por entre las tumbas con la vista fija en el cielo, como un fantasma, deslizándose en silencio; de pronto un sollozo conmovedor, un ¡ay! partido de un alma desesperada, lo hizo detenerse y bajar la vista.

Cerca de él, arrodillado sobre la tierra en que había una cruz, estaba un joven de negra cabellera y ardiente mirada; vestía un traje de soldado y toda su fisonomía expresaba un dolor intenso.

José se conmovió y mirando estuvo por largo tiempo, el simpático rostro del joven y compadeciendo su profunda pena. Al fin, decidido, se acercó al apuesto mancebo y le tocó en el hombro dulcemente.

El joven al levantar la cabeza hizo un movimiento involuntario de repulsión, pero su rostro se pacificó cuando José le dijo con su voz suave y melodiosa:

— Hermano mío; mi rostro os espanta, pero nada temáis, es una máscara con que la naturaleza ha cubierto la bondad de mi alma. Os veo llorar tan amargamente que vuestro lloro me lastima, supongo que mucho habéis perdido, y vengo á ofrecer os mis consuelos y mi ciencia.

— Caballero, gracias os debo por tan sentidas frases y de corazón las agradezco; acepto los consuelos, pero por grande que vuestra ciencia sea, ¿qué puede hacer en mi favor, cuando lloro á una muerta?

— Mas de lo que suponeis, joven; Dios crea hombres cuya inteligencia destina á probar la existencia de un Ser Supremo, por medio de actos grandiosos que los cristianos llamáis milagros; uno de esos hombres soy yo. Contadme la causa de vuestra pena, pues al par que este desahogo la dulcifique, yo veré si puedo hacer algo por vos.

— Me rindo á vuestra demanda, caballero, mas que por la esperanza de calmar mi dolor, pues no puede calmarse, por complacer vuestro deseo. Escuchad.

III.

— Yo amaba con la pureza de la ilusión á una mujer bella como la sonrisa de la infancia; era amado con el púdico sentimiento de la virgen; nuestro amor era una estrella fulgente que iluminaba la existencia de una anciana, y esa anciana era mi madre.

Hace un año dejé á Sevilla por correr tras los infieles bajo la bandera de Isabel; partía al cerco de Granada y el desconsuelo que embargaba mi corazón por dejar á mi madre y sobre todo á la mujer querida, lo sofocaba mi juvenil entusiasmo al ir á luchar contra los enemigos de mi patria y de mi religión.

Mil esperanzas inflamaban mi mente; mis sueños eran hacer un acto de heroica valentía que diese gloria á mi oscuro nombre para volver admirado y vencedor, á los brazos de mi amada. Mi juventud no pensaba en los peligros, ni remotamente se acordaba de la muerte.

Combatí con energía; me apoderé de un estandarte musulmán, diez árabes mordieron la ensangrentada tierra á los embites de mi lanza, y aunque herido, volví al real con mi trofeo y mi nombre corrió de boca en boca.

Para abreviar, curado en breve de mi herida realicé con éxito otras empresas temerarias, y hace un mes,

cuando la morisca ciudad vió tremolar en sus muros la enseña de Castilla, mi nombre no era ya oscuro y causaba admiración.

Me apresuré á marchar hácia Sevilla; cabalgué días y noches sin descanso, henchido el pecho de felicidad y la mente de ilusiones; soñando en el momento en que estrecharía entre mis brazos á mi madre y á mi amada.

Esta mañana con el alba, llegué á la ciudad; mi orgullo me hacía creer que todos me miraban con envidia y yo los compadecía porque nadie podía haber tan dichoso como yo.

Pero eran sueños de niño; en vez de la felicidad, me he encontrado con la amargura; en vez de la risa, he hallado la muerte; mi madre vive aun y la he besado con delirio, pero mi Laura, se había agostado como una flor con la pena de estar separada de mí; ayer fué enterrada, y por treinta y seis horas no he podido verla por última vez, ni besar su alabastrina frente.

Esta es mi historia y ya sabéis la causa de mi dolor; ahora, comprendéis, caballero, que vuestra ciencia no puede nada en favor mío.

IV.

José reflexionó algun tiempo, luego dijo:

— Os engaños; ¿decís que tan solo hace treinta y seis horas que ha muerto vuestra amada?

— Así es, efectivamente.

— Pues bien, quiero probaros hasta dónde llega la sabiduría humana, para que admireis la grandeza de Dios. Os doleis de no haber podido ver por última vez á Laura, y yo me conduelo de vuestro pesar. Si teneis fe en mí, si creéis mis palabras, encontraos esta noche á las doce en este sitio, y yo os prometo que la vereis, tan hermosa, tan pura y llena de vida, como la dejásteis hace un año. Jehová os guarde.

El joven permaneció absorto, y cuando quiso hablar, el judío había ya desaparecido, tras una eminencia del sendero. Corrió tras él, pero no lo halló.

V.

A las doce en punto de la noche, José llegaba al cementerio; el joven le esperaba media hora hacia. El judío traía bajo el brazo una caja negra de madera cuadrada y plana y en la mano izquierda un azadon.

— Caballero, dijo José, cortando la palabra al joven que iba á interrogarle; no me preguntéis nada, pues no puedo responderos; tened confianza en mí que no tengo interés en engañaros, y decidme si puedo contar con vuestra ayuda.

— Sí, respondió el mancebo resueltamente.

— Pues bien; vuestros brazos son mas robustos que los míos, tomad, este azadon y empezad á cavar una zanja sobre esa sepultura; yo iré quitando la tierra.

— ¿Qué pensáis hacer, caballero?

— Os he advertido que no me preguntéis, pues no puedo responderos; me habeis ofrecido vuestra ayuda y pienso que teneis palabra de caballero.

El joven no vaciló, y sin contestar empezó á abrir la zanja. José, separaba la tierra con el auxilio de una piedra plana que había cogido.

Media hora despues, quedaba descubierto un ataúd; dos lágrimas rodaron por las mejillas del doncel y fueron á caer sobre la caja mortuoria.

— Ahora ayudadme á sacar el ataúd, dijo José, y seguid mis pasos, pues poco tenemos que andar.

El joven cogió el ataúd por un lado, José por el otro, y se pusieron en marcha. Salieron del cementerio, atravesaron una corta planicie, descendieron por una colina cubierta de maleza y se encontraron en la orilla del Guadalquivir.

Allí los esperaba un hombre con un ligero barquichuelo, al que dijo José en voz baja:

— Tomás, el Señor te premie; vete, pues ya no necesito de tí.

El hombre se perdió bien pronto entre la arboleda.

José y el joven desconocido, llamado Edgardo, colocaron el ataúd en el barquichuelo y tomando los remos, se dirigieron río arriba.

Media hora despues desembarcaban en la orilla opuesta.

VI.

El sitio en que estaban, era pintoresco hasta el exceso; al lado del río empezaba un montecillo de peñascos que adelantaba hasta dos metros de la orilla, y luego seguía una arboleda espesa, en que los ruiseñores tenían un certámen musical y cada uno se esforzaba en vencer á sus compañeros, para obtener el premio. Mil florecillas silvestres embalsamaban con sus exhalaciones olorosas el ambiente.

— Amigo mío, dijo José, la preparación que debo hacer es terrible, y os sería muy penoso presenciársela; fiad todavía en mí y dejad que os vende los ojos.

— Haced lo que os plazca, anciano, contestó Edgardo.

José vendió los ojos del mancebo; luego sacó su puñal, y dirigiéndose á un árbol empezó á cortar ramas; despues reunió muchas plantas pequeñas y formó con él todo un monton inmenso, sobre el que puso una lámina de metal que llevaba en la caja de que hemos hablado.

Se dirigió al ataúd, lo abrió, sacó con trabajo el her-

moso cuerpo que estaba dentro y lo colocó encima de la placa de metal. Despues prendió fuego á la leña, que había rociado antes con una sustancia guardada en una ampolla que llevaba al cinto.

Sea por efecto de esta preparación, sea por la ligera brisa que soplabá del lado del río, la leña, á pesar de ser verde, ardió con una prontitud pasmosa y pronto el cuerpo quedó reducido á cenizas.

José lo contemplaba con fijeza, sus ojos verduscos parecían haber adquirido una cierta hermosura; se veía en ellos un amor profundo á la ciencia y una fe invencible en el Señor que había invocado al empezar.

José dejó que el fuego se extinguiese, luego tomó de su caja otra lámina de acero cubierta con una composición amarilla con vetas rojas, y esparció sobre ella con la ayuda de su puñal las cenizas que quedaron sobre la otra lámina.

La colocó sobre los peñascos que bañaban los tibios rayos de la luna, y sacando de su bolsillo un pomo de oro, vertió sobre las cenizas el contenido.

Despues se dirigió á Edgardo y le dijo quitándole la venda que le cubría los ojos:

— Hermano mío, ¿veis relucir sobre ese peñasco una placa de metal?

— Sí, la veo.

— Pues miradla con atención; dentro de diez minutos notareéis que de ella se levanta una nube, y en esa nube vereis á vuestra amada. Miradla con toda el ansia de que podeis disponer y hablada de lo que mas os goce, pues tras cinco minutos se desvanecerá para siempre. Esto es todo cuanto por vos podía hacer; ahora me ausento, porque no quiero distraeros con mi presencia. No me busqueis para expresarme vuestra gratitud, pues no lograríais encontrarme. Que el cielo calme vuestra pena.

Edgardo estaba atónito y creía soñar con los ojos abiertos; su emoción no le dejaba hablar y solo pudo balbucear estas palabras:

— Si es verdad lo que me habeis dicho, que Dios os bendiga, anciano.

José desapareció y nosotros no volveremos á encontrarlo.

VII.

Edgardo permaneció enclavado en el sitio en que lo dejara José, mirando con ansiedad la lámina de metal que este le había señalado.

La noche estaba hermosa; las estrellas daban su luz lánguida sobre un manto azulado, rodeando á la luna que caminaba lentamente, hiriendo con sus rayos las aguas tranquilas y claras del Guadalquivir.

La excitada imaginación de Edgardo le fingió ninfas de voluptuosas formas y plácidos rosos, que cruzaban por la superficie del río, mirándolo con melancólico mirar y jugueteando con guirnaldas de rosas.

De la arboleda que tenía á la espalda le parecía oír un coro de voces suavísimas y argentinas que entonaban sentidas endechas al misterio y al amor, y veía deslizarse por el éter un grupo de vírgenes arrastrando largas túnicas blancas, con las rubias cabelleras flotando á merced de la brisa.

Cinco minutos haría que Edgardo estaba solo, cuando de la placa de metal empezó á elevarse una ligera humareda blanca; poco á poco fué creciendo, le ocultó el lado opuesto del río y llegó hasta á envolverlo á él mismo, formando una nube inmensa, de la que se desprendía un perfume embriagador.

La luna hacia violentos esfuerzos por atravesar con sus rayos la nube blanca; al fin lo logró y entonces, entre el vapor, iluminada por la claridad del astro nocturno, apareció una mujer de una hermosura incomparable y cuyo cuerpo, de formas correctas, era trasparente, pues no daba sombra alguna.

Edgardo cayó de rodillas, aquella mujer era Laura, era la virgen de sus ensueños.

La fantástica mujer abrió los labios y se escucharon estas palabras, pronunciadas con una voz que no existe en la criatura humana. Era un estufo de armonía.

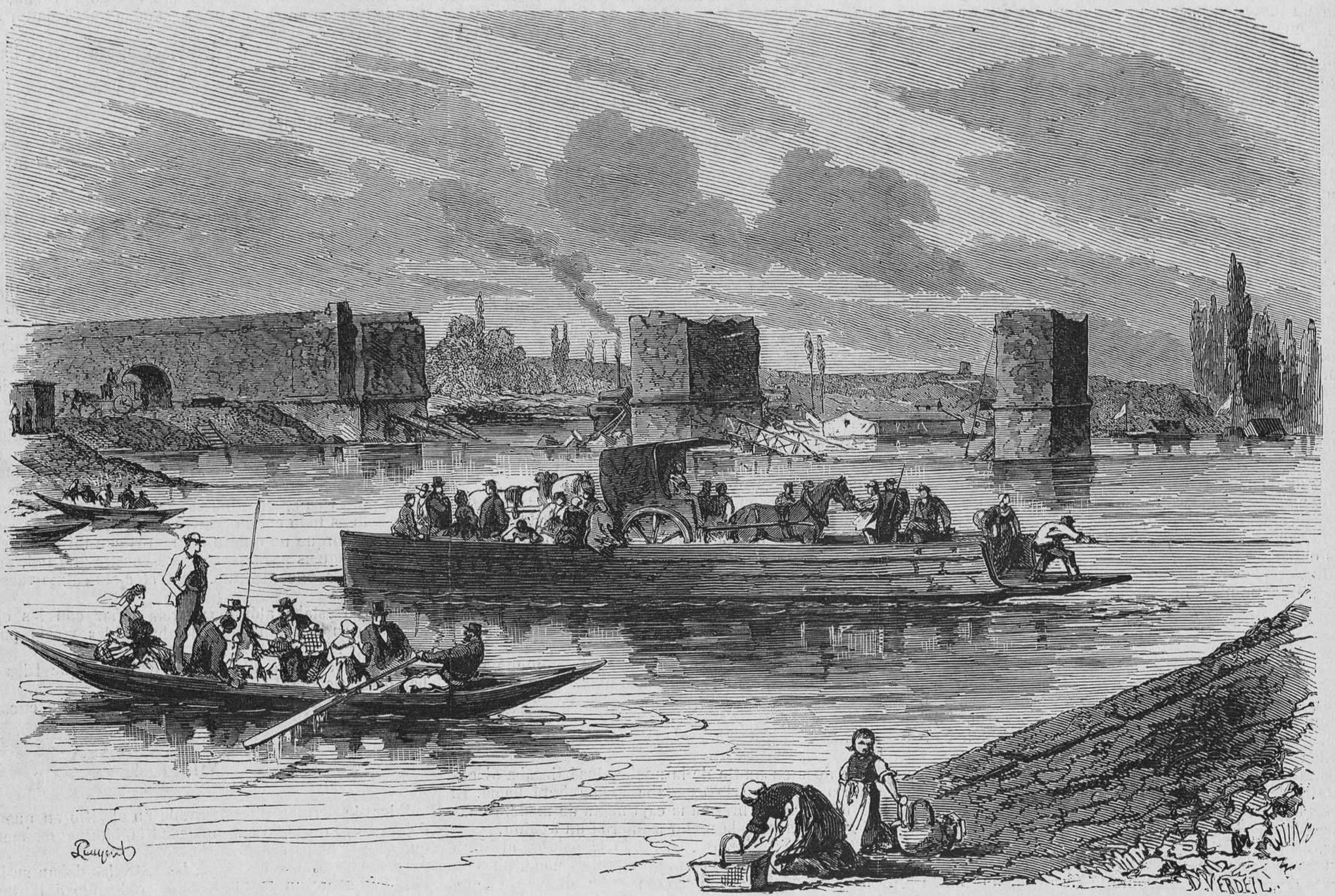
— Edgardo mío, no tiembles; siento latir con violencia tu corazón, y el asombro que te domina no te permite contemplarme y era tu deseo mas ardiente. Mirame y no temas; Dios existe, y Dios cuya benevolencia es mas grande que todo el mundo, se ha compadecido de tu pena y se ha dignado premiar la pureza de tu amor, concediéndote á un simple mortal hacer una cosa contraria á la naturaleza. Quiere premiarte y me ha concedido la facultad de otorgarte la gracia que me pidas. Piénsalo bien y dílo en breve, pues en breve desapareceré de tu vista hasta que tu alma venga en busca de la mía.

Edgardo había enmudecido y se extasiaba contemplando á su amada. Quiso pensar, coordinar sus ideas, pero no podía, y el tiempo no cesaba en su carrera; los ojos de su amada difundían un consuelo benéfico por su alma; logró un tanto de tranquilidad y pensó que pronto iba á volver á la amarga realidad, á salir de aquel sueño para continuar una vida de sufrimientos infinitos, y una idea cruzó por su imaginación.

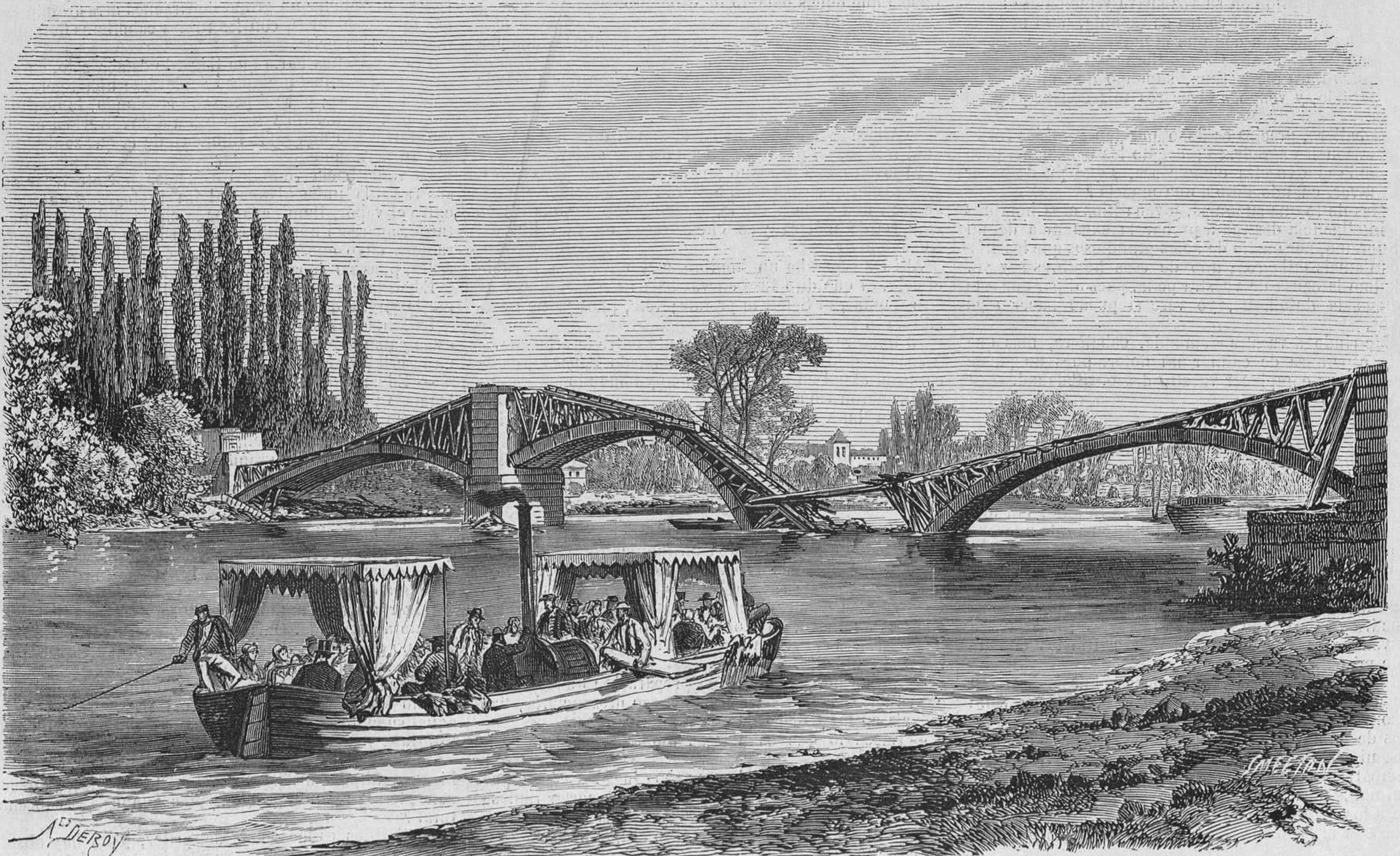
— Amor mío, dijo, espíritu angelical que entre los bienaventurados disfrutas de la vista de Dios, ¿puedes concederme todo lo que yo te pida aunque sea sobrenatural?

— Sí; Dios es la esencia del poder, y no hay obstáculos á su voluntad; lo que me pidas te será dado.

— Entonces, amor mío, arráncame el alma del cuerpo y llévala en tu unión, pues no puedo separarme de



De Paris á Versailles durante la guerra civil.— La barca de Chatou.



De Paris á Versailles durante la guerra civil.— El puente del ferro-carril de Chatou.

tí, pero no me mates, porque tengo una madre y quiero vivir por ella. Que mi cuerpo tenga vida, pero no alma, y esta se vaya contigo á gozar de la presencia del Sér Supremo.

— Edgardo, Dios me dice que te otorgue lo que pides, y cumplo la voluntad del Altísimo satisfaciendo la tuya.

La sombra adelantó lentamente, puso sus dedos sobre los párpados de Edgardo y este cayó por tierra desvanecido; luego, Laura llevó sus manos á la frente del mancebo, y como tomando una sustancia incorpórea é invisible, las levantó y estrechó contra su seno.

Poco despues, se fué elevando siempre dentro de la nube, y llegó á perderse en el espacio.

Habian trascurrido los cinco minutos fijados por el médico hebreo, y se habia realizado su promesa.

VIII.

Cuando el alba empezó á rechazar las sombras de la noche, Edgardo despertó de su profundo sueño. No se acordaba cómo estaba durmiendo á la orilla del rio, ni cómo habia ido á este sitio.

Se dirigió á su casa como un autómeta, impulsado por una voluntad que no era la suya, sin pensar en nada, en nada absolutamente.

A partir de aquel dia, su corazon quedó atrofiado, y cayó en el lastimoso estado de un idiota; no tenia voluntad, ni entendimiento, era indiferente á todo, aun á las caricias de su madre.



M. Marechal, alcalde de Metz.

Con el tiempo, la gente de su barrio, en el que era muy querido, empezó á llamarle *Cuerpo sin alma* en vez de Edgardo, y por tal nombre acabó de conocerse; del barrio se extendió por la ciudad, y este nombre se hizo público y notable el pobre Edgardo, que vivió muchos años, hasta la hora en que su madre dejó de existir.

El pueblo aplicó luego el mismo mote á todos los que tenían algo de Edgardo; la cosa cundió por toda España y con los años llegó á convertirse en modismo.

Desde entonces, al hombre falto de actividad y de inteligencia, que mas tiene de idiota que de humano, se le aplica el modismo y se dice de él que es un *Cuerpo sin alma*.

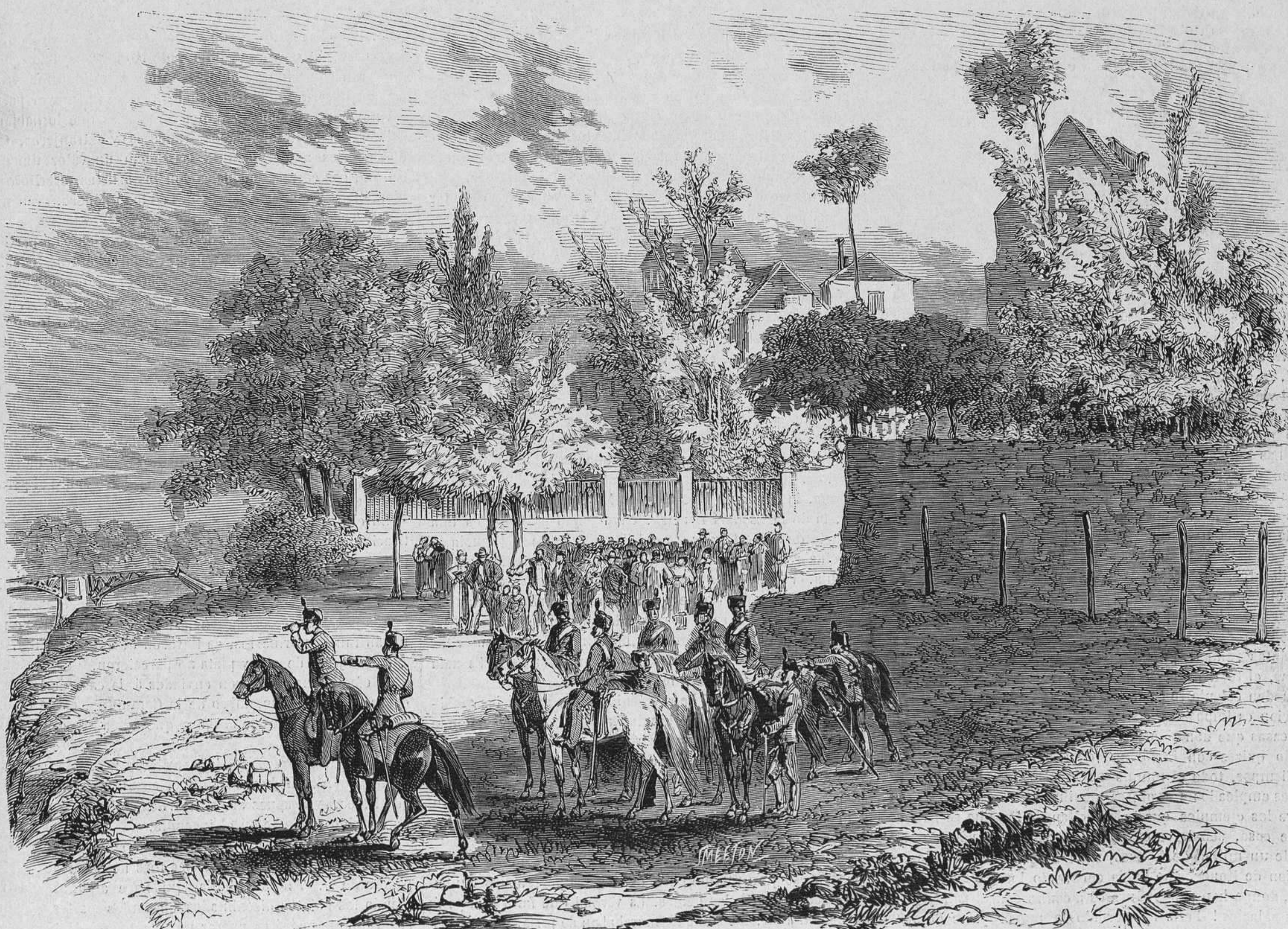
EL DESCUBRIDOR.

Año 1561, quinto del reinado de nuestro señor y rey Felipe II.

El lector comprenderá que el *Descubridor* es buenamente un seudónimo del autor de la historia que antecede, pero por mas que he escudriñado no he podido descubrir el verdadero nombre del descubridor.

Si este cuento merece la aprobacion de mis lectoras especialmente, seguiré buscando con afan en el libro de que lo he copiado, pues hay aun varias sentidas historias que pueden interesar al público.

L. GARCIA RAMON.



Una patrulla prusiana entre Chatou y el Vesinet.

Félix Marechal, alcalde de Metz.

La ciudad sometida á tantas pruebas durante la guerra, acaba de tener una nueva desgracia que hace revivir todas las llagas de la cesion hecha á los alemanes. M. Félix Marechal, venerable alcalde de Metz, que contaba cerca de cuarenta y dos años de servicios municipales gratuitos, murió súbitamente el jueves 29 de marzo último, cuando salia de la alcaldía para volverse á su casa. Un ataque de apoplejía fulminante le sorprendió con la sonrisa en los labios, expresion de la bondad que le era característica.

Nada puede pintar el dolor de que se sintieron sobrecogidos todos los ciudadanos al saber la fúnebre noticia; con M. Marechal desaparece el último representante legal de Francia en Metz. Su firmeza así como su experiencia, que han sido tan útiles, van á faltar á los habitantes. Toda la ciudad ha podido oír sobre su lumbar la enumeracion de las mejoras de toda clase que se hicieron bajo su ilustrada administracion. Estos recuerdos han salido á luz en los diversos discursos pronunciados en su funeral, y así se ha podido ver qué estimacion tenian á M. Marechal sus conciudadanos.

El día del entierro se cerraron las tiendas, y la poblacion conmovida se dirigió en muchedumbre hácia la casa de M. Marechal. Toda la ciudad de Metz estaba allí. A eso de las diez se puso en marcha la comitiva que comprendía á todas las corporaciones de la ciudad: cuatro caballos enjaezados de negro tiraban del carro fúnebre lujosamente adornados.

Llevaban las cintas MM. Voirhaye, consejero del tribunal de Casacion, amigo del difunto; G. Gougeon, primer adjunto; Victor Michaux, presidente de la Sociedad de Medicina; Jacquet, presidente de la Academia; Maguin, presidente del comicio agrícola y miembro del Consejo general, y Serot, presidente de sala y vicepresidente del consejo de administracion de los hospicios.

Detrás del carro marchaba la familia, el consejo municipal y el personal de la alcaldía. El desfile duró veinte minutos. La catedral no podia contener el gentío. El oficio mortuorio fué muy solemne.

La sociedad coral el Orfeon cantó de un modo notable el *Dies iræ* y el *De profundis*.

Habríase dicho que con esta perfecta ejecucion la sociedad queria hacer sentir más y más el pesar que habia causado la decision que habia tomado algunos dias antes. Con efecto, á consecuencia de los sucesos del día, habia resuelto disolverse, mas para satisfaccion general, quiso rendir un postrer homenaje á M. Marechal, que entonces representaba á la madre patria y no vaciló en cumplir con un deber en tan dolorosas circunstancias. En el campo santo pronunciaron mas discursos, testimonios del afecto y del profundo respeto que merecía el hombre cuya memoria vivirá en Metz eternamente.

F. L.

Revista de Paris.

Paris comienza á cambiar de aspecto. A la soledad y á la tristeza de los días de la Commune, suceden como por encanto la animacion y la vida. Los refugiados en los campos circunvecinos y en el extranjero se apresuran á volver á la capital, y en todas las estaciones de los ferro-carriles se quedan viajeros esperando asiento en los trenes que vienen atestados de gente desde las localidades mas distantes, lo mismo por el Norte y el Mediodía que por el Este y el Oeste. Las tiendas de Paris, cerradas durante diez semanas, se abren y ostentan sus riquezas en las muestras. Los hoteles, los restaurants y los cafés tienen el aire risueño de las épocas mas felices. Todo, en una palabra, se reanima, y anuncia á Paris una estacion de verano con los atractivos propios de esta gran ciudad, centro del lujo, de la riqueza y los placeres.

Por el pronto hay que satisfacer una curiosidad, y es la de echar una ojeada al espectáculo que presenta la obra de los incendiarios de la Commune.

¡Cuántas ruinas! ¡Cuánta destruccion! Sin exagerar las pérdidas, el total reducido á cifras es espantoso. Las del Estado pueden calcularse; pero en las de los particulares, toda estimacion es imposible.

Las casas que han sido devoradas por las llamas, se han hundido quizás con la fortuna de sus habitantes, pues en estos tiempos, todo el mundo en la clase acomodada tiene capitales empleados en valores moviliarios.

Entre los ejemplos que ya se citan de los que se hallan en este caso, señalaremos por el pronto una pérdida de cerca de un millon de francos, sufrida por el refrendario de la Legion de Honor, que habia encerrado los papeles en su oficina, donde han sido reducidos á ceniza con el palacio.

¡Los palacios! Paris ha perdido la mayor parte de los que poseia.

Una nota oficial sobre este inmenso desastre nos da una

cuenta detallada de las ruinas que han quedado despues del incendio, con cálculos sobre los millones que se necesitarian para levantar de nuevo tantos y tan magníficos edificios; así como nos dice tambien cuáles son las riquezas que han podido salvarse.

Extractaremos los principales datos que contiene esta relacion, documento histórico importante sobre aquellos sucesos.

Desde luego se hace constar que Paris ha perdido la mayor parte de sus palacios.

Las Tullerías, el Palacio Real propiamente dicho, el Hotel de Villa y el palacio del muelle de Orsay no son mas que montones de escombros, que exigirían sumas considerables para su reconstruccion con los esplendores que ostentaban hace tres semanas.

Sin embargo, el gobierno se propone atender pronto á las obras mas urgentes, como las de levantar ó reparar las paredes de piedra y cubrir los edificios á fin de que la gran ciudad, tan rica y risueña, que atraia viajeros y admiradores de todo el mundo, no presente largo tiempo el aspecto de horrible desolacion que tiene en el día. En cuanto á las pérdidas del interior son irreparables; no se improvisan las obras maestras que habian acumulado allí los siglos.

Pero hay mas todavía; dado el caso de que en las actuales circunstancias se encontraran bastantes recursos para rehacer las escaleras, poblar los aposentos de cuadros y estatuas, y cubrir las paredes con las preciosas tapicerías de los Gobelinos y de Beauvais, no podria rehacerse la grandeza histórica inherente á aquellos aposentos y galerías.

«La historia pierde sus testigos, añade la relacion oficial, y ya solo por los libros conoceremos á nuestros reyes. Su casa que podriamos visitar, que contaba las intimidades de su vida, ha desaparecido súbitamente. No nos queda de la obra de Filiberto Delorme mas que unas paredes llenas de grietas ennegrecidas, paredes que han dado abrigo lo mismo á los reyes de Francia que á las asambleas revolucionarias y al imperio.»

La desgracia, que es deplorable, habria podido ser mucho mas sensible.

Aquí la relacion oficial entra en detalles sobre los proyectos de los incendiarios.

Parece ser que habian ideado una destruccion completa que debian llevar á cabo por medios científicos.

El instrumento de destruccion era el petróleo; habian estudiado minuciosamente la ciudad que querian destruir, la banda tenia sus órdenes, su plan regular, su sistema.

No solo acumulaban las materias incendiarias, sino que cortaban las cañerías del agua, recogian las bombas, los tubos y las escaleras.

Cuando se supo que las Tullerías estaban ardiendo, se oyó por todas partes un grito de espanto á causa del Louvre.

Cerca llegaron las llamas, puesto que redujeron á cenizas la preciosa biblioteca del Louvre; mas por fortuna se detuvieron en el umbral del museo de antigüedades, y los mármoles y los lienzos han quedado intactos.

La parte restante de la relacion que extractamos enumera las riquezas que se han librado del furor de las llamas.

«El museo de Cluny, atestado de tesoros, podrá ostentar aun sus porcelanas, sus cristales, sus armaduras, sus joyas, sus muebles, todas esas espléndidas reliquias, tan admiradas y dignas de estudio. En el Luxemburgo han quedado todos los lienzos de la escuela francesa contemporánea. El museo de Sevres, trasladado á Paris cuando le amenazaban los prusianos, se ha salvado milagrosamente; y aunque se ha perdido la manufactura de los Gobelinos con las magníficas tapicerías que contenia, se conservan los tapices de la corona. Excepto la biblioteca del Louvre y del palacio Real, de menor importancia, subsisten todas las bibliotecas. Mucho se temió por la del Arsenal, tan contigua al granero de la abundancia cuyo incendio duró tres días; el fuego y el humo pasaron sobre la coleccion de inestimables libros y de manuscritos, sin alcanzarla. Santa Genoveva, la biblioteca de la Sorbona, la hermosa coleccion de M. Cousin, legada al Estado, la de la Escuela normal, cuyo fondo principal es una herencia de Jorge Cuvier, la del Senado, la de la Escuela de Medicina y la del Cuerpo Legislativo, no han tenido averia ninguna. Finalmente, el gran depósito nacional de la calle Richelieu, tan peligrosamente situado y rodeado de casas por todas partes, salió sano y salvo de tan horrenda crisis. Así conservamos un tesoro único en el mundo. Los manuscritos mas preciosos estaban guardados en las cuevas de la Escuela de Bellas Artes, de donde los sacan ahora.

«La misma felicidad hemos tenido en cuanto á los archivos; la historia de Francia está salvada. El hotel Soubise, donde se hallan reunidos los manuscritos, se encuentra separado solo por una calle del Monte de piedad. Los comisarios de la Commune visitaban el Monte de piedad diariamente porque habia allí millones que les atraian; por fortuna, comprendian menos el valor de los otros tesoros del hotel Soubise y los olvidaron.

» Tambien olvidaron la imprenta nacional, ó mejor dicho, tomaron ese gran monumento del arte tipográfico por una manufactura como las demás. Es verdad que faltó tiempo á los incendiarios; los soldados marchaban de prisa, porque los jefes sabian bien lo caro que costaba á la civilizacion cada minuto de tardanza.

» Por último, el arte religioso no ha perdido casi nada. La Santa Capilla, maravilla de las maravillas, conserva intactas sus vidrieras, se ha mantenido en pié entre el incendio del Palacio de Justicia y de la Prefectura de policia. Santa Genoveva del Monte, San German de los Prados, San Severino, y San Eustaquio, se han salvado igualmente, aunque en esta última iglesia se han perdido las vidrieras de Felipe de Champaigne. En Nuestra Señora estaba todo dispuesto para el incendio. Las dos tribunas á la extremidad del coro se han quemado. Los bárbaros no incendiaron el bosque secular que domina las bóvedas. En suma, no obstante las pérdidas de Tullerías, el Hotel de Villa, el Palacio Real, el del muelle de Orsay y los Gobelinos, Paris es Paris todavía, y puede, como la Francia, resucitar y engrandecerse á fuerza de cordura.»

Si la primera parte de esta relacion deja en el ánimo una horrible impresion, en cambio [la segunda, que hemos reproducido casi íntegra, atenúa mucho el desastre, segun se pintó en los primeros momentos. ¡Qué riquezas enumeradas con rapidez en esas breves líneas y que se han salvado de las manos de los incendiarios en las bibliotecas y en los museos!

Sin embargo, como dejamos apuntado ya, la propiedad particular ha sufrido perjuicios irreparables.

Cada día la prensa nos señala alguna de estas desgracias, que van formando ya un espantoso conjunto.

Por ejemplo, la doble explosion de la barricada de la plazoleta Vavin y del polvorin instalado en lo alto del Luxemburgo, tuvo resultados desastrosos, porque en las inmediaciones de esos dos puntos hay muchos estudios de artistas.

Los estudios del escultor Augusto Preault, del pintor A. de Curzon y del arquitecto Reber, han desaparecido.

M. Reber ha visto aniquilado en un segundo el fruto de treinta años de trabajo incesante. Todos sus materiales, sus apuntes, sus calcos, sus notas tomadas ante los originales dispersos en todas las colecciones privadas ó públicas, constituyen una pérdida enorme. Al mismo tiempo ha perdido tambien los albums, porcelanas, bronce indios, chinos, persas, japoneses, que habia comprado con la doble inteligencia del artista y el erudito. Todo esto era material para una historia de las artes orientales cuyos primeros capitales habia ya dado á la imprenta.

No es posible enumerar en detalle los daños que han sufrido con los incendios las ciencias y las letras,

Un físico de gran talento, M. Bertrand, miembro del Instituto, no ha podido salvar el manuscrito de una obra de matemáticas que es el resumen de muchos años de investigaciones científicas. Su gabinete de estudio estaba en la casa N° 82 de la calle de Rivoli y poseía una biblioteca de obras especiales tasada en mas de 40,000 francos.

M. Prosper Merimée, de fama universal, habitaba en el esquino de la calle de Lille y de la calle de Bac y poseía una gran coleccion de objetos antiguos, miniaturas y dibujos. Su librería era selecta cual ninguna. La mayor parte de las novelas, comedias y tomos de poesías que le habian regalado los contemporáneos franceses y extranjeros, tenian dedicatorias autógrafas que las daban un valor único. Por último, sus correspondencias con los artistas, escritores, diplomáticos y demás celebridades de todo género, eran numerosas. Todo se ha perdido.

En punto á colecciones de arte pertenecientes á particulares, la de M. Thiers puede figurar á la cabeza de todas.

Sabido es que la Commune decretó la demolicion de la casa de M. Thiers, situada en la plaza de San Jorge, demolicion que se emprendió y no se concluyó; pero lo que sí se hizo fué sacar completamente los muebles, papeles y objetos de arte que adornaban y enriquecian la casa del jefe del poder ejecutivo de la República francesa.

En los días en que se operó esta espoliacion, la plaza de San Jorge y las calles adyacentes estaban llenas de carruajes de mudanza para trasportar aquella masa de objetos, que llevaron al guarda-mueble, situado en el muelle de Orsay.

Hé aquí las noticias que da un periódico sobre el paradero de todo ello.

En el guarda-mueble hicieron como una especie de clasificacion. Los muebles, las carteras de dibujos y de estampas, las copias á la aguada de los frescos del Vaticano, se quedaron en los almacenes de ese espacioso establecimiento y no han corrido ningun grave peligro.

Los papeles, correspondencias, manuscritos, etc., que llevaban muchos armarios, se llevaron al Hotel de Villa.

Los objetos de oro y plata no parecieron.

Si efectivamente fueron enviados á la casa de la Moneda como propuso un miembro de la Commune, es de creer que se encuentren, pues se asegura que nada de esto entró en la funciion.

Los bronce, figurillas, bajo-relieves y demás, se llevaron primeramente al Louvre donde, segun se dice, no fueron admitidos, y despues al palacio de Tullerías, en cuyo caso han debido perderse en el incendio.

Tales son las noticias que hallamos sobre la preciosa coleccion de M. Thiers, una de las mas notables de Paris. La señora de M. Thiers se halla aquí hace algunos días recogiendo los objetos diseminados en tantas partes, y aunque seguramente podrá recuperar una gran parte de la coleccion, no hay duda que se habrán extraviado muchas preciosidades, sobre todo aquellas que tenian un valor intrínseco,

En cuanto á la casa, la Asamblea nacional de Versalles ha votado una suma de mas de un millon de francos para su reconstruccion ; pero la pérdida de los objetos de arte es irreparable.

¡Qué de desastres! ¿Quién seria capaz de calcular lo que París ha perdido desde que llegaron á sus puertas los prusianos hasta el último dia de la terrible guerra civil que ha hecho tantas víctimas y tantas ruinas? Ateniéndose solo á lo material, hallariamos un guarismo fabuloso si semejante cálculo fuese posible. No hay nadie, puede decirse así, que no haya salido perjudicado materialmente: desde el hombre que vive de sus rentas, del producto de sus propiedades, hasta el último obrero que no cuenta mas que con su trabajo. Sobre dos millones de habitantes, júzguese pues la brecha que habrán abierto el sitio y la guerra civil á la fortuna pública y á la fortuna privada.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

INTRODUCCION DE UN LIBRO INÉDITO.

¿Por qué el genio del mal persigue insano
Á quien Dios concedió mente elevada
Y le anima el aliento soberano
Del Alto Sér por quien está formada?
Si ha producido entendimiento humano
La *Comedia*, el *Quijote* y la *Iliada*,
¿Por qué si nadie encuentra obras mejores
Fueron tan desgraciados sus autores?

Venid á mí, referiré la historia
Del que narra leyendas peregrinas,
Á los que ese laurel de la victoria
No sospechais descubridor de espinas;
La vida de los bardos me es notoria
Y notorias sus lágrimas divinas,
Pues las mas predilectas criaturas
No vivieron exentas de amarguras.

Legó al mundo el cantor de los troyanos
En Virgilio y Horacio dos diamantes;
La *Divina Comedia* á los humanos
Dió en Petrarca y en Tasso nuevos Dantes;
Han sido Moratin y Jovellanos
Dignos hijos del inclito Cervantes,
Y al rededor así de tres planetas
Sus órbitas describen los poetas.

Y Smirna no alivió en su amargo duelo
De Héctor y Aquiles al cantor divino;
Negó la Italia su azulado cielo,
Al ruiseñor del bosque florentino:
El cautivo de Argel tuvo el consuelo
De acabar su *Quijote* peregrino,
Y de Madrid la coronada villa
Pobre le vió morir en su guardilla.

Es decir que apurada la materia
Del fruto que se saca del talento,
Es la historia tal vez de la miseria
Y físico y moral del sufrimiento;
Patrimonio es del genio la laceria,
La triste privacion diario sustento,
Si bien no apura su destino á veces
El vaso de cicuta hasta las heces.

Los siglos de Pericles y de Augusto,
Leon diez y Luis catorce, fueron cuna
De épocas en que horóscopo mas justo
Al vate le anunció mejor fortuna;
Mas hoy tambien el porvenir adusto
Sus ilusiones truncará una á una,
Porque en siglo en que tanto se atesora
Es un estorbo el alma soñadora.

Rabelais con su irónica sonrisa
Dió forma y sér á la diccion francesa;
Con Shakespeare se modela y se precisa
El pedestal de la tragedia inglesa;

Como nave de Gama con la brisa
Va en Camoens la lira portuguesa,
Y de Goethe en los mágicos ensueños
Halla el grave aleman dulces beleños.

La envidia con esfuerzo levantado
Minando sorda por sus patrios lares,
Quiso ver en los cielos empañado
El fulgor de esos genios tutelares;
Ella el segundo original pecado
Del mundo ha sido en los revueltos mares,
Queriendo con su aliento venenoso
Sofocar todo instinto generoso.

Si vió una delicada sensitiva
El jardin de las musas de Inglaterra,
La envidia, insecto que las flores liva,
La confundió en el fango de la tierra;
¡Sombra de Keats! si guardas fugitiva
Leve memoria de su injusta guerra,
Descansa en paz, porque la edad presente
De corona inmortal ciñe tu frente.

No en mí hallareis la entonacion y el brio
De esos mil encomiados trovadores,
Que escribo versos para gusto mio
Y tormento tal vez de mis lectores;
Ni me inspira cuidado el compás frio
De severos y cáusticos censores,
Pues no debe alarmar su vigilancia
Un libro que carece de importancia.

No brindará á su autor título egregio,
Mas tampoco tendré la irreverencia
De adquirir el bastardo privilegio
De hacer ruborizar á la inocencia;
Quizás un inspector en un colegio
Le declare una guerra sin conciencia,
Temiendo que á la incauta estudiantina
Perjudicial le sea mi doctrina.

Mas, no se alarme el domine tirano,
Ni la doncella que rubor denota,
Que antes de alzar un cántico liviano
Veré mi lira abandonada y rota;
Siempre he de preferir como cristiano,
Como recto español y buen patriota,
Antes de ser apóstol delincuente
Ver despojada de laurel mi frente.

OBDULIO DE PEREA.

EN EL ALBUM

DE MI DISTINGUIDA PAISANA Y AMIGA

Cármén del Rio de Narvaez.

« Toma tu cruz » le dijo á su discípulo
Al comenzar la redencion, Jesus;
Y desde entonces, para toda lucha,
El arma de las armas es la cruz,

De esa te armaste tu cuando el destino
Abrió su larga lucha contra tí;
« Tomo mi cruz, » dijiste, y ese lábaro
Te hizo fuerte al principio y fuerte al fin.

Muchos sabrán tu fama en esa lucha,
Muchos harán justicia á tu valor;
Mas de seguro que de cada esfuerzo
El justo peso no han tomado, no.

El conjunto se ve. La mujer fuerte
Batalla en la desgracia, en el dolor...

Y al ver que sobrenada en los combates,
Palma de gloria le concede Dios.

Pero luchar sin tregua ni esperanza,
En lo oscuro, á la sombra, en pleno sol;
No recibir heridas en la lucha,
Sino quejas de amor, solo de amor...

No ver sobre la frente del contrario
La enrojecida muestra del furor,
Sino el dulce semblante del que tiene
Para cada dolor resignacion...

¿Cómo llamar á la mujer que lucha
En ese campo en que luchaste tú?...
Con razon que imitando á tu Maestro,
Como él dijeras « tomaré mi cruz. »

La lucha terminó. Tu noble esfuerzo
La anhelada victoria no alcanzó...
Tu corona la forman tus recuerdos...
¡Tu misma fama te dará afliccion!

Que los combates que no dan victoria,
Que las victorias que no dan laurel,
Ni hacen ruido á la fama del que lucha,
Ni le dan á su triunfo esplendidez.

« Ha llenado un deber, » dirán los unos,
Otros agregarán: « Amó su amor; »
Y aun no faltará alguno que á tu nombre
Conceda su entusiasta admiracion.

¿Pero ser pueden para tanto esfuerzo
Tan mezquinas ofrendas galardón?
¡Cuánta virtud, en lucha menos recia,
No recibe del mundo honra mejor!

Sin embargo, Carmita, Dios lo ha visto;
Él sabe y pesa lo que hiciste tú;
Él guarda una corona á tu martirio,
Enlazada en los brazos de tu cruz.

Deja que luzca su laurel festivo
La virtud que venció á la adversidad;
Que tú puedes decirle sin orgullo
« ¡ Mi corona de espinas vale mas! »

LÁZARO MARÍA PEREZ

Bogotá, febrero 18 de 1870.

Demolicion de la columna Vendome.

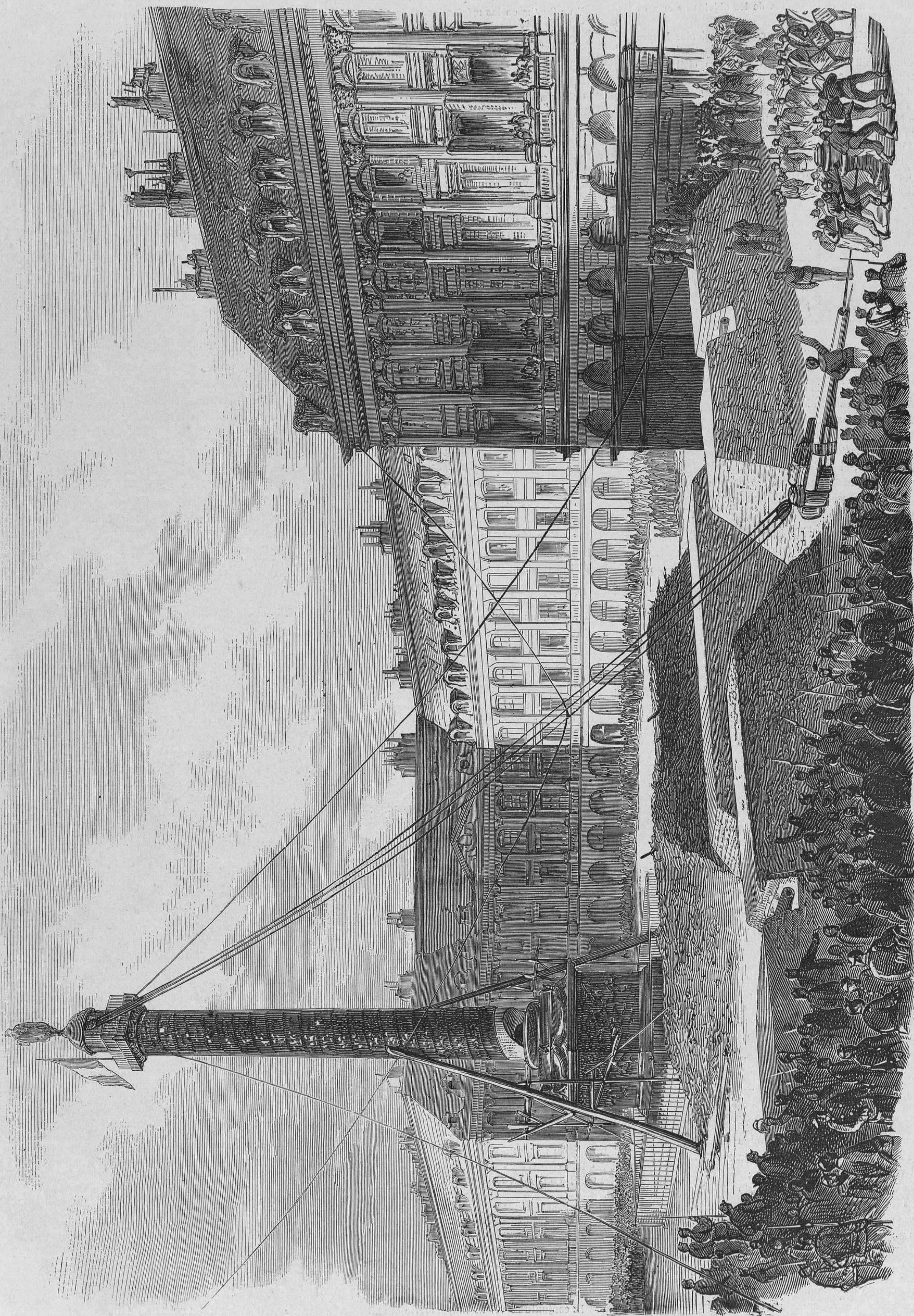
La demolicion de la columna Vendome, anunciada en el *Journal officiel* de la *Commune* para el martes 16 á las 2 de la tarde, habia reunido una numerosa concurrencia en la calle de la Paz, plaza de la Opera y calle de Castiglione; además las calles vecinas estaban llenas de curiosos, que no pudiendo ver, esperaban á lo menos oír caer al coloso.

Los balcones y ventanas de las calles de la Paz y de Castiglione estaban llenos de gente. En algunos balcones de la plaza habia además un gran número de oficiales. La guardia nacional estaba en las aceras con el arma en descanso.

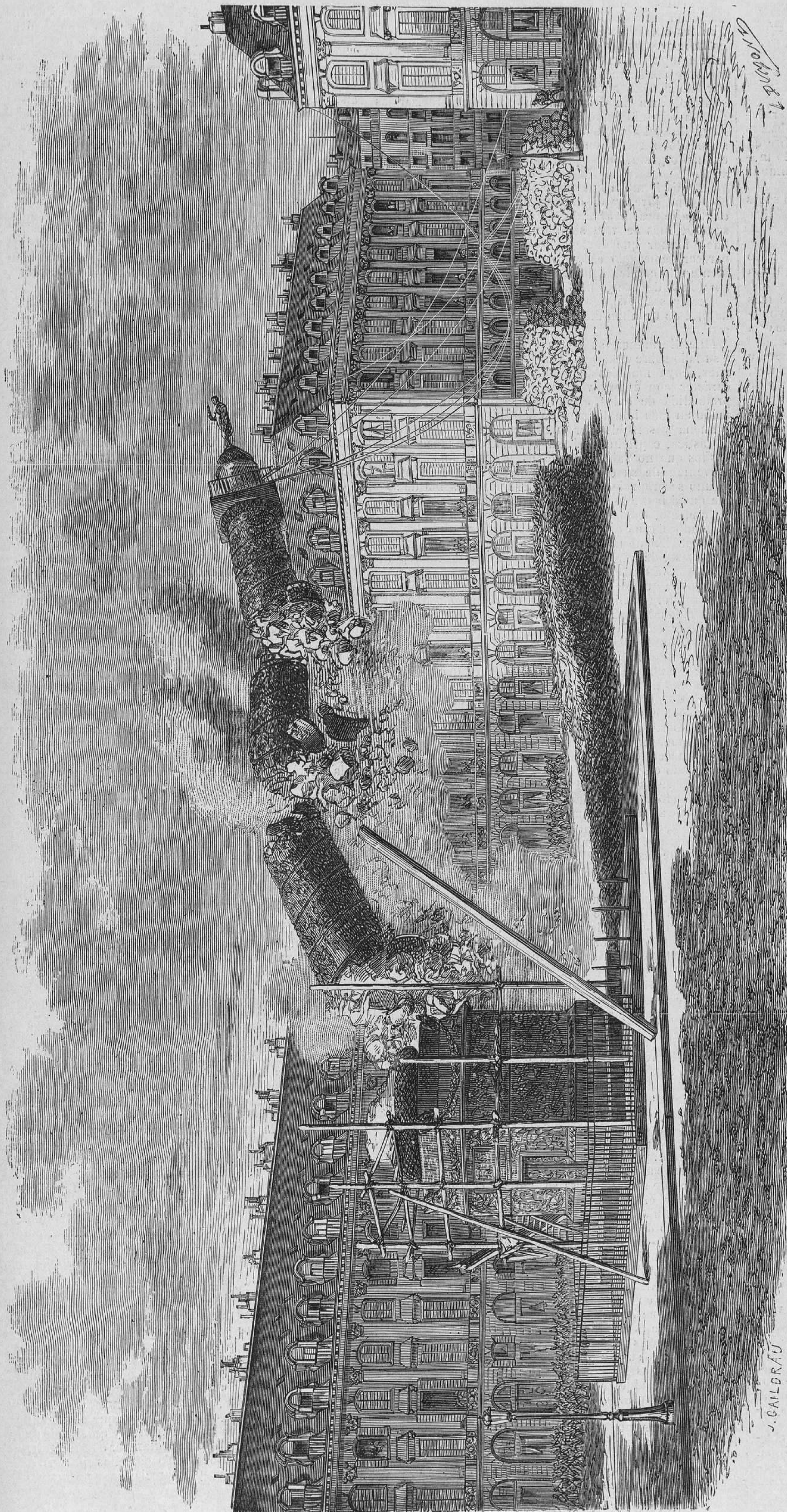
Sin embargo, los obreros trabajaban todavía en el andamio cubierto de telas verdes. Unos ensanchaban la abertura tallada en forma de claraboya hasta la escalera y bastante ancha para dejar pasar el cuerpo de un hombre; otros seguian aserrando horizontalmente por el lado de la calle Castiglione, la piedra, observando una ligera inclinacion. La abertura representaba un tercio y la parte aserrada otro tercio. Otros obreros terminaban el lecho en que debia caer el hombre de bronce. Este lecho estaba compuesto por varias capas de arena, fagnas y estiércol.

Al fin, el andamio cayó por tierra; la obra estaba terminada.

A las tres, un ciudadano, subido en lo alto de la columna, agitó una bandera tricolor sin duda para indicar que la caída de la columna debia arrastrar á la bandera.



PARIS EN LOS DIAS DE LA COMMUNE. — Demolicion de la columna Vendome: primera vuelta de las maromas.



PARIS EN LOS DIAS DE LA COMMUNE. — Caída de la columna Vendôme.

En todo caso era una señal, pues la música del batallón 190 ejecutó la *Marsellesa* y luego siguió el *Chant du Départ*, ejecutado por la música del batallón 172.

Los cañones apuntados hacia la calle de la Paz habían sido quitados, y destruido, como medida de precaución, el centro de la barricada.

Algunos miembros de la *Commune* se presentaron á las tres y media en el balcón del ministerio de la Justicia.

Los obreros empezaron á maniobrar el cabestante; los tres cables se tendieron y juntaron. Pasaron algunos minutos.

La ansiedad se descubría en todos los rostros.

De pronto, un fuerte crujido originó un rumor considerable en la multitud. Pero la columna estaba en pié; era un cabestante que se había roto, lanzando por tierra á cinco ó seis obreros que giraban la manecilla; felizmente no ha causado accidente alguno.

Se mandó á buscar un nuevo aparato, pero parece ser que se necesitaban unas dos horas para traerlo y colocarlo. Durante este tiempo, cinco ó seis obreros subieron sobre el pedestal de la columna y empezaron á trabajar con el pico, pues parecía que la columna no estaba suficientemente cortada; esta tarea era en extremo peligrosa, y la multitud seguía esta operación temblando.

Las músicas ejecutaban en tanto cánticos patrióticos y pasos dobles militares.

A las cuatro y media se levantaron nuevas maromas. Bajaron los obreros y una trompeta advirtió que se alejase todo el mundo.

A las cinco y cuarto las maromas se tendieron lentamente; la atención era inmensa; á las cinco y media un grito ahogado por el miedo de un accidente cuya extensión no puede apreciarse, partió de todos los pechos. La columna se movió. Un silencio de espanto sucedió á este grito. La masa de bronce y de granito, después de haber oscilado un instante sobre su base, cayó en el lecho que se le había preparado. Un ruido sordo se mezcló al crujido de las faginas, y una nube de polvo se levantó en los aires.

La muchedumbre lanzó un grito de *¡Viva la República!* á los que otros añadieron *¡Viva la Commune!*

Las faginas y el estiércol fueron lanzados de cada lado á mas de diez metros.

La columna está dislocada.

La estatua tiene un brazo roto y la cabeza separada del tronco.

La bandera roja fué enarbolada en el pedestal que ha quedado en pié.

El general Bergeret, subido sobre los escombros de la destrozada columna, pronunció algunas palabras aplaudidas por sus amigos.

Las músicas ejecutaban á un tiempo la *Marsellesa*. Los cordones de centinelas que guardaban la plaza fueron rotos, y veinte mil personas se precipitaron al rededor de los escombros de la columna, tratando de apoderarse de un pedazo de bronce, de hierro ó de una piedra.

Un escuadrón de caballería llegó al galope y se colocó en torno del monumento del primer imperio para contener á la multitud.

Se temía que la caída del gigantesco bronce ocasionase alguna desgracia sensible. No ha sido así. Una especie de trepidación del suelo y de las casas de la plaza, un movimiento de retroceso de la multitud, algunos gritos de mujeres y niños, un tanto de emoción, mucho polvo y nada mas.

Había dejado de existir la famosa columna de la plaza Vendôme.

Ahora se recogen cuidadosamente los bronces para volver á levantar el monumento, en cumplimiento de la decisión tomada por la Asamblea nacional.

El orgullo de un hombre.

(Continuación.)

Llevóse la mano á la frente como para contener dolorosos pensamientos, y al levantar la cabeza observó que las miradas del viejo criado estaban fijas sobre él, manifestando tan sincera compasión que no pudo menos de conmovirse y decirle con acento de profunda tristeza:

— ¡Pobre Antonio! ¡tú me compadeces! ¡bien sabes cuánto sufro!

— ¡Señor conde!

— Calla, calla.

Y espoleando con ira el caballo se dirigió al castillo á galope tendido, siguiéndole Antonio que se enjugaba las lágrimas.

Se había fijado para punto de reunión el paraje más distante del parque hacía el lado del Mosa, en cuyo sitio los árboles remontaban su existencia á la época en que el castillo formaba el centro del inmenso bosque de las Ardenas, por lo que es fácil de figurarse el aspecto pintoresco que ofrecerían aquellas encinas seculares, cubiertas de espesas capas de musgos, de líquenes y de mohos, cuyas tintas ya azufradas, ya rojizas, tan perfectamente se armonizaban con el verde sombrío de las hojas.

Segun una antigua tradición, jamás debía caer el hacha destructora sobre aquellos restos del antiguo bosque, á duras penas libertado de la acción devoradora de la industria, mientras quedase vivo un individuo siquiera de la familia de Sibry; y siendo el conde religiosamente observador de las costumbres de sus abuelos, no habría sufrido que la mano del hombre modificase aquellos admirables vestigios de la naturaleza primitiva.

Derribados por el tiempo ó por las tempestades, de trecho en trecho solían encontrarse viejos árboles consumidos por la humedad ó corroidos por los agaricos y otras plantas parásitas que serpenteaban al rededor de sus troncos. Todo tenía allí aquel carácter de caducidad, de sencillez y de grandeza que ya no se encuentra sino en las vírgenes selvas del nuevo mundo.

Bajo las bóvedas sombrías y silenciosas que formaban aquellos árboles gigantes, se abrigaba una vegetación más humilde pero más compacta, que formaba impenetrables matorrales.

En aquellos sitios desiertos y olvidados, protegidos además por un recinto de muralla, las plantas que espontáneamente nacían, crecían y se elevaban sin que ningún obstáculo se les opusiera; y así es que exceptuados algunos estrechos senderos trazados en todas direcciones por el paso de los guardas, no se veía más que un espesísimo monte bajo formado por toda clase de arbustos, espinos y malvas.

Algunos peñascos musgosos rompiendo el suelo desigual se elevaban cubiertos de manzanos, saucos y moreras silvestres, cuyos frutos abandonados y pendientes de las ramas casi todo el año, atraían multitud de pajarillos que se multiplicaban hasta lo infinito en aquel callado, fresco y pacífico recinto.

En el centro de este bosque misterioso é impenetrable estaba el claro en donde se había preparado la caza.

Las encinas que lo rodeaban por todas partes eran tan altas, que en lo más fuerte del verano y en el peso del día apenas podían los rayos del sol penetrar hasta la tierra, y á la hora de las dos de la tarde en que nos suponemos, casi no alcanzaba su luz más que á dorar las últimas extremidades de las ramas más elevadas.

De esta oscuridad se había sacado partido para la colocación de las redes de seda verde que rodeaban el claro como un enrejado invisible. Aquellas redes, compuestas de inmensas piezas, estaban atadas á la parte superior de los árboles del recinto de modo que pudiesen interceptar completamente el paso á los plumíferos habitantes del parque, que dirigiéndose desde lo interior del bosque y de las avenidas hacía el centro del claro, debían caer en los lazos á vista de los ocultos cazadores.

El arroyo de que ya hemos hablado atravesaba el claro, y á sus orillas, al pié de matorrales de alheñas y de ojicanta, se habían construido varias chozas de ramaje para los cazadores, hechas con tal arte que á cierta distancia nadie las habría distinguido de los arbustos á cuyo pié estaban colocadas. Pequeños resquicios dejados en ellas á propósito, sin descubrir á los cazadores, les facilitaban la completa vista del esperado espectáculo.

Llegada era la hora á propósito para la caza. El viejo guarda, que bajo la dirección del caballero Clermont se había encargado de los preparativos, daba vueltas al rededor de las chozas observando con impaciencia que el sol declinaba rápidamente hacía el ocaso, que los pájaros principiaban á agitarse entre las ramas como para dirigirse al aguadero, y que si los cazadores no se apresuraban, tantos y tan costosos preparativos quedaban perdidos al menos por aquel día.

Las personas llegadas en la carretela y que por consecuencia se habían adelantado mucho á los de á pié, no daban muestras de incomodarse por su retraso: sentadas á la extremidad del bosque, charlaban y reían sin notar siquiera el disgusto del guarda.

El principal grupo se componía de las señoras de Sibry, delante de las cuales gesticulaba, reía y moneaba un caballero buen mozo, vestido con elegante sencillez, que daba muestras de esforzarse para hacerles más tolerables el fastidio de esperar. La condesa era de una estatura mediana y de carnes algo plebeyas, lo que estaba compensado con la brillantez y blancura de su tez. Aun era hermosa, bien que sus facciones hubiesen perdido su primera frescura; porque á ejemplo de las de su edad, llamaba al arte en su ayuda para realizar las prendas que el tiempo había perdonado; así es que aun en medio del abandono de la vida campestre, siempre su tocador revelaba en ella la mujer de alta clase y de exquisito gusto, que aspira todavía á luchar contra los años.

Su traje formaba una especie de medio término entre el de una joven y el de una mujer madura, dándole cierto aire desembarazado, no desprovisto de gracia. En sus facciones se veía siempre estampado el sello del buen humor que corregía lo que en aquellas pudiera parecer demasiado altanero; mas examinando atentamente á la condesa, no era difícil observar que aquella apariencia de gracejo más bien era máscara para ocultar dolores pasados ó presentes, que la expresión franca y natural de un alma dichosa en la que la alegría traspira.

Mlle. Hermancia su hija, en aquel momento sentada á su lado sobre el césped, era una rubia de diez y ocho años, cuya maliciosa y petulante viveza expresaba su carácter con entera verdad. Joven, lindísima, rica y pretendida de todos, era lo que se llama un niño mimado en toda la extensión de la palabra.

Buena y sensible por naturaleza, á veces aparecía fantástica, caprichosa y hasta egoísta, cual sucede á todos los que no saben lo que es padecer. Sus defectos provenían de su edad y de su clase, sin que de modo alguno se propusiera disimularlos, porque sabía de sobra que á nadie le había de ocurrir reprendérselos.

En efecto, estaba preciosa con su vestido de muselina en fondo blanco con ramitos de vellosillas pintados, su chal también de muselina, sombrero de paja de arroz y su quitasol de tafetan tornasolado que balanceaba sobre el hombro á manera de cetro.

El joven que se mantenía en pié frente de ella y de su madre era el hijo del corregidor (maire) del distrito, que se afanaba por complacer á la joven, cuya invencible inclinación á burlarse de todo el mundo era ya bastante temida.

E. Alberto Latouche, este era su nombre, joven de veinte y cinco años, alto y bien formado, dejaba ver á las claras que se consideraba como uno de los principales adornos del café Paris. Nacido en el país á diez leguas del castillo, y de una familia enteramente plebeya, Alberto demostraba que la distinción y la finura de los modales no son patrimonio exclusivo de los que se envanece con su noble alcurnia.

Educado en Paris lejos de sus padres, que le miraban como un ser superior al resto de la humanidad, fué emancipado bien temprano, permitiéndole su caudal entregarse al gusto del lujo y de la elegancia, y el traje que usaba, aunque propio del campo, recordaba la idea del hombre de buen tono que da la mayor importancia al modo de vestirse.

Solo Humann era capaz de corlar la graciosa casaca-quilla de caza que diseñaba su cintura delgada y flexible, así como el pantalón blanco que con tanta gracia se ceñía al rededor de sus botas barnizadas. Fácil era descubrir en él uno de aquellos jóvenes ambiciosos, de los que el mundo está lleno, que cuentan con sus cualidades exteriores más que con sus talentos para elevarse á la fortuna.

Alberto pertenecía como subalterno al cuerpo diplomático, esperando llegar bien pronto á ser secretario de embajada, y parecía ocultar ya bajo la apariencia de la frivolidad ideas bien positivas sobre la sociedad en general, y en particular sobre su suerte futura. Observando la escrupulosa pulcritud de su persona, se evidenciaba que era uno de esos hombres que están en la persuasión de que no es indiferente el modo de formar el lazo de la corbata cuando se aspira á triunfar en el mundo político y en los gabinetes de las damas.

Durante su permanencia en el castillo de las señoras de Sibry, Alberto solía acompañarlas con bastante frecuencia, aunque por las noches se volvía á caballo á casa de su padre.

A pesar de ser numerosa su familia, este era el único que visitaba el castillo, no porque su padre, como persona de influjo en el país y corregidor del distrito hubiese dejado de ser convidado repetidamente, sino porque el viejo Latouche, jornalero enriquecido por la industria, hubiera estado con cortedad entre los huéspedes del castillo. Además de esto en las últimas elecciones sus intrigas á favor del candidato ministerial lo había puesto en pugna con la condesa que nada omitió para hacer que la elección recayese en un legitimista; resultando de esta lucha cierta especie de repulsión entre las potencias beligerantes, que no se conocían personalmente, y susurrándose que M. Latouche toleraba con disgusto las frecuentes visitas que su hijo hacía al castillo. De cualquier modo, lo positivo era que las señoras de Sibry profesaban un afecto verdadero á Alberto por la sencilla razón de que este era el único, en aquel extraviado país, que pudiera recordarles el buen tono y la elegancia parisiense, segun solía decir la condesa.

Alberto, pues, era de parte de ellos objeto de atenciones y preferencias marcadas: poseía aquel joven el talento frívolo, irónico y burlon que tanto agrada á las mujeres de alta esfera, y apoyado en estas ventajas tomaba el aspecto de franqueza é igualdad suficiente para

dar á entender que entre él y las damas existía una especie de intimidad.

Indiferente y ligera continuaba la conversación entre aquellos tres individuos si bien por más que el joven Dandi (1) procuraba fijar en ella su atención, no podía menos de dirigir de tiempo en tiempo distraídas y casi involuntarias miradas á otra persona que, sentada sobre la yerba á pocos pasos, parecía proponerse permanecer aislada del grupo principal.

Era esta una joven de edad aproximadamente igual á la de Hermancia, pero cuya hermosura tenía un carácter más grave y sobre todo más melancólico. Su color era trigueño, sin participar de la dureza que suele notarse en las bellezas italianas y españolas, y en sus miradas puras, profundas y llenas de resignación anunciaba un alma generosa y enérgica, aunque desde temprano acostumbrada á sufrir.

Su traje participaba también del carácter modesto y humilde de la que lo usaba, distando mucho del lujo del de Hermancia. En su exterior se manifestaba bien á las claras que no era ni hermana de Mlle. de Sibry, ni su igual en clase.

Efectivamente, aquella joven después de haber sido en Paris largo tiempo compañera de colegio de Hermancia, desde dos años antes de esta época había descendido al grado de aya ó señorita de compañía, como se quiera, de su antigua amiga. Clotilde ignoraba á qué familia pertenecía; porque encerrada en el colegio desde su más tierna infancia, no había tenido más protector que un lejano pariente vecindado en una provincia, que todos los meses enviaba con escrupulosa regularidad los plazos vencidos de la pensión, valiéndose para ello del notario de Paris, á quien tenía confiado el encargo de vigilar sobre el bienestar y la educación de Clotilde.

Cuando dos años antes sacaron á Hermancia del colegio para presentarla á la sociedad, madama de Sibry y sobre todo su consejero privado el caballero de Clermont, determinaron colocar á su lado una joven modesta, instruida y prudente que á la vez que perfeccionase la educación de Hermancia, incompleta por haber sido tratada con demasiada indulgencia, le sirviera de compañera y de modelo vivo.

Coincidió con esto una carta del pariente y desconocido protector de Clotilde en que le indicaba que el mejor asilo que pudiera proporcionarse sería una casa decente en la que admitida en calidad de institutriz, podría grangearse protectores y amigos para lo futuro.

Su educación era perfecta, y su instrucción admirable en una mujer: poseía varios idiomas, era excelente música, y en fin en extremo superior á la casquivana y juguetona Hermancia, que no ignoraba que su posición social la exceptuaba de la necesidad de afanarse para adquirir tales habilidades.

Aceptó Clotilde agradecida las ofertas que por medio de la directora del colegio le dirigió la condesa de Sibry, y la pobre niña, de igual y amiga que era antes de la caprichosa Hermancia, se transformó en vasalla y en criada suya. No sería difícil comprender que á pesar del aparente respeto con que se la trataba, Clotilde no se juzgaría muy dichosa en el castillo de Sibry.

Sobre la dolorosa y profunda impresión que causaba á su alma noblemente orgullosa el verse reducida á una especie de servidumbre doméstica, no la habían faltado humillaciones y disgustos en el principio de su triste carrera.

Las perfecciones de Clotilde presentaban un desagradable contraste con las faltas de Hermancia, que esta, y en particularidad la condesa, notaron bien pronto; porque el corazón de una madre es siempre envidioso en favor de sus hijas.

Desde entonces principió Clotilde á ser víctima de una multitud de embosadas hostilidades y de encubiertas rechiflas, sufriendolas la desgraciada con resignación angélica, aunque el ejemplo de las dueñas de la casa había contagiado á sus huéspedes.

La conducta más que indiferente que observaban tantas personas contra una pobre joven llena de dulzura, de resignación, de gracias, aparecía todavía más odiosa por el contraste de las adulaciones y lisonjas con que era incensada la poderosa heredera de Sibry.

Había con todo dos personas que tanto en Paris como en el castillo, lejos de participar de la general malevolencia hacía Clotilde, la demostraban siempre amistad y cariño. Era una de ellas el caballero de Clermont, que, adivinando sin duda la superioridad de aquella joven, había insistido con empeño para que fuese admitida en la familia; rara vez la dirigía la palabra, pero la escuchaba con interés, la animaba con su sonrisa, la recompensaba con una seña afectuosa, y sus miradas la acompañaban por todas partes.

M. de Clermont no parecía emplear con ella más que la extremada urbanidad y delicadas atenciones que tributaba á todas las señoras del castillo; y sin embargo, cualquier observador habría advertido luego que, acaso ignorándolo ella, la joven Clotilde era sin cesar objeto de los cuidados incesantes del caballero, excitando en él un interés profundo y misterioso que ocultas circunstancias le obligaban á disimular.

Todavía más tímido y reservado se mostraba Alberto en sus manifestaciones de simpatía, porque obrando de otro modo temía ofender á la condesa, y quizá más á su hija, pues ni la una ni la otra podían ver con indiferencia el triunfo de una rival atraída por ellos mismos. Así es que Alberto Latouche, que parecía tener particulares

(1) Lo mismo que elegante.

razones para tratar de conservar el favor que le dispensaban las señoras de Sibry, no dejaba entrever sino con suma prudencia la admiración que le inspiraba Clotilde, observando una conducta en extremo hábil.

Si alguna vez se veía precisado á elogiarla, lo hacía en el tono mas sencillo y de buena fe, agobiando en seguida con exagerados cumplidos á Hermancia y á su madre. Cuando en el paseo ofrecía primero el brazo á la condesa ó su hija, antes parecía implorar el perdón de Clotilde dirigiéndola una mirada suplicante cuyo sentido solo ella conocía. A veces la hablaba en Aleman, idioma que ambos poseían superiormente, no siendo comprendido por ninguno otro de los que frecuentaban la casa; no sería imposible que en estas ocasiones se mostrase menos reservado en la expresion de su afecto, porque en fin y á pesar de las reticencias del diplomático en ciernes, las pruebas que Clotilde creía tener del interés que le inspiraba, eran bastantes para que algunas veces soportase con mayor ánimo los desdenes con que la insultaban los habitantes del castillo.

Aquella, segun hemos dicho, permanecía sentada y á corta distancia del grupo que formaban Alberto y las señoras de Sibry, ocupándose distraidamente en ojear una revista literaria que no leía de seguro, puesto que sus miradas no se apartaban de una plateada florecilla que se desplegaba á su lado, y en cuya muda contemplacion estaba absorta sin dar muestras de comprender lo que á su alrededor pasaba.

Alberto habia soltado los diques á su conversacion picante y burlona: se hablaba de algunos de los originales que pasageramente habitaban el castillo, y sobrabanle al agudo jóven chistes graciosísimos con que caracterizarlos; pero esto no le impedía mirar de vez en cuando y á hurtadillas á Clotilde, á la que evidentemente estaba empeñado en hacer partícipe del humor festivo de los demás que lo escuchaban.

Sus esfuerzos hasta entonces habian sido vanos; y viendo á la jóven que dominada por sus dolorosos pensamientos, dejaba correr dos silenciosas lágrimas por sus pálidas mejillas, á despecho de su costumbre de disimular, no pudo contener una exclamacion de tristeza.

Las señoras de Sibry se levantaron y aproximaron á Clotilde, la que arrancada á su distraccion por aquel movimiento, levantó la cabeza y se cubrió los ojos con la mano para ocultar el llanto que sin saber vertía.

— ¿Qué es esto, Clotilde? preguntó Hermancia admirada, ¿qué pesares son los vuestros? ¿llorais?

— ¡La señorita escoge con tanta oportunidad los momentos en que ha de entregarse á la tristeza! añadió la condesa en tono de reconvencion.

La pobre niña se sonrojó, y haciendo esfuerzos para sonreirse dijo cogiendo la florecilla plateada objeto de sus meditaciones:

— ¡Pesares yo, señoras! os aseguro que no los tengo... Quise recordar mis lecciones de botánica observando esta planta, y se me saltaron las lágrimas, cansados los ojos de contar los estambres de la florecilla; os aseguro que no tengo otra cosa, y podeis creerme. ¿Qué motivos tengo yo para sufrir pesares, particularmente en medio de una diversion?

Mientras esto decía dejaba ver en su turbado aspecto y hasta en el timbre melancólico de su voz que ocultaba la verdad. Alberto le dijo entonces en aleman, con acento de profundo interés:

— Armes junges maedsehen; (¡pobre infeliz jóven!) Clotilde volvió á sonrojarse, y le dió gracias por medio de una mirada. La condesa repitió en tono de mal humor:

— Vamos, está bien; pero puesto que os suponeis libre de disgustos, venid á sentaros junto á nosotros; Alberto contribuirá á distraeros. Efectivamente, no concebí por qué habia de afigirse la señorita hallándose en el castillo de Sibry.

— ¡Picarona! exclamó Hermancia abrazando á su aya, porque aunque bien echada á perder por la lisonja, hemos dicho que Mlle. de Sibry tenia un corazon excelente. ¿Por qué no habiais de ser feliz junto á nosotros? ¿no sois mi compañera y mi amiga?

— ¡Amiga! repitió Clotilde con una sonrisa llena de melancolia y dejándose conducir al sitio que la destinaban, ¡amiga la que recibe un salario todos los meses por mano de vuestro mayordomo!

— Tal vez la señorita quisiera ocuparse de balde en la educacion de mi hija, dijo la condesa con ironía; pero no es eso para ahora... ¿Qué es lo que nos estáis diciendo, Alberto?

— Dispensadme, señora condesa; temo que en el estado en que se encuentra Mlle. Clotilde...

— Está bien: Si Mlle. Clotilde padece tristeza, estamos obligados todos á distraerla. Sin duda habrá recibido hoy alguna carta de su «invisible» y ese será el motivo de que esté tan destemplada.

— ¡De su «invisible!» repitió Latouche con admiracion.

— Pues qué, ¿No sabeis esa historia? Si la señorita se encuentra con ánimo, puede contárosla...

— ¡Dios mio! mamá; ¿por qué tratais tan mal á mi pobre Clotilde? dijo con un tonillo de gracioso enfado Mlle. de Sibry; ¡ algunas veces nos reñís con tanta severidad!... Vamos, querida mia, continuó dirigiéndose á Clotilde, hacedme el favor de explicar á M. Alberto qué es eso de vuestro «invisible,» porque manifiesta gran deseo de saberlo.

— Es una historia muy sencilla, que temo mucho no sea capaz de interesar á nadie sino á mí, contestó Clotilde con tímida voz, y bajando la vista. Alberto ya sabe que ni conocí jamás á mi familia, ni tengo mas protec-

tor que un pariente lejano, á quien nunca he visto, el que suele de tiempo en tiempo dirigirme cartas llenas de prudentes consejos que me sirven de regla constante para conducirme: pues ese generoso protector es á quien se designa aquí con el nombre del «invisible.»

— ¿Con que nunca habeis visto á ese pariente? Preguntó Alberto muy admirado; pero al menos sabreis su nombre, su posicion, el paraje donde vive...

— Todo eso lo ignoro, señor mio; sus cartas y mis respuestas van dirigidas á un notario de Paris, el que cuida de hacerlas llegar á su destino. Desde que tengo uso de razon no ha cesado de recomendarme que no procure penetrar el misterio de que desea rodearme, lo que he debido obedecer, sin que sus beneficios me hayan fallado nunca ni haya olvidado facilitarme recursos para presentarme con decoro entre las gentes. Luego que tuve el honor de venir á habitar el castillo, el caballero de Clermont tomó sobre sí el empeño de averiguar, valiéndose del notario, quién podria ser ese pariente benéfico y misterioso; pero el notario ha sabido conservar el secreto, y he renunciado, acaso para siempre, á la esperanza de saber quiénes fueron mis padres y si todavia existen.

La voz melancólica de Clotilde iba debilitándose poco á poco hasta que se apagó del todo en un suspiro; y á excepcion de la condesa, decidida á echarlo á broma, todos los demás daban muestras de hallarse profundamente conmovidos.

— Trátase pues, señor mio, de una novela de la que vuestros amigos parisienses podrian sacar mucho partido. ¿No nos habiais dicho tambien, señorita, que el «invisible» ofreció descubrirse en alguna ocasion?

— Si señora, en la de que yo corra algun grave peligro; y tengo demasiada confianza en mi protector para dudar del cumplimiento de sus promesas.

— Me parece que esa confianza no tiene fundamentos demasiado sólidos. No deseo ciertamente que la necesidad del socorro llegue jamás á presentarse: pero si así sucediese por desgracia, me permitiréis dudar de que vuestro incógnito acudiese tan pronto á descubrirse.

— ¿Quién os autoriza para dudarlo, señora? dijo de repente una voz algun tanto incisiva, que se dejó oír á muy corta distancia.

El caballero de Clermont era el que acababa de hablar, porque adelantándose con la mira de informarse de si estaba todo pronto para la caza, las últimas palabras de la condesa llegaron á sus oidos. Despues de saludar á las señoras, dijo en tono semiburlon, dirigiéndose expresamente á Mme. de Sibry:

— ¿Volvíamos á pegar con ese pobre «invisible?» En verdad, señoras, que no procedeis con mucha generosidad atacando á Clotilde cuando no estoy delante, porque sabeis que me he declarado á favor del protector y de la protegida.

— Llegais tarde, caballero, repuso sonriendo la condesa; se acabó la guerra.

Al decir esto se levantó, y seguida de su hija dió algunos pasos para recibir á los tertulianos que se dejaban ver en el claro.

Clotilde iba sola á algunos pasos de distancia, ocupada en reponerse de su agitacion, y procurando que ella le oyera, dijo Alberto al caballero:

— Os habeis equivocado, caballero, si pensais que Mlle. Clotilde carece de aliados y defensores cuando yo estoy á su lado.

La jóven le dirigió una sonrisa de gratitud, y apresuró el paso para reunirse con la sociedad.

— En cuanto á vos, dijo el caballero mirando fijamente al jóven diplomático y bajando la voz, os considero aliado muy dudoso.

— ¿Y por qué, caballero?

— Porque no sabiais por quién decidiros si fuese preciso defenderla de un enemigo, como por ejemplo, Mlle. de Sibry.

No se turbó Alberto poco ni mucho á pesar de aquella directa alusion á la conducta ambigua que observaba con las dos jóvenes, y respondió en el mismo tono de broma sin dejarse intimidar por las penetrantes miradas del caballero.

— Pues bien, ¿no es política propia del que desea la paz contemplar á los partidos rivales?

— Medio peligroso es, señor Latouche; muy peligroso, dijo el caballero mordiendo los labios con ironía. ¡Cuidado con ello! En política, y para manifestar franqueza de ánimo, es preciso escoger siempre entre los partidos y marchar á cara descubierta.

— Gracias por la leccion, caballero, dijo el Dandy inclinándose ligeramente.

— Pues no lo olvidéis, señor Alberto Latouche.

Pronunció estas palabras el caballero en tono casi amenazador; y aquellos dos hombres, despues de haberse saludado friamente, se separaron dando indicios de que en cada uno de ellos existia una segunda intencion ó proyecto oculto que se hallaban resueltos á llevar á cabo sin temor alguno.

— A cazar, á cazar, gritó al fin el caballero, como director de la fiesta, porque conocia que se estaba perdiendo un tiempo precioso.

— Vamos, respondieron apresuradamente varias personas, pero ¿qué es lo que nos toca hacer?

— Nada mas que encerrarse en esas chozas y estarse quietos en ellas, contestó el caballero designando las chocitas de ramas, en una de las cuales se habian encerrado ya con alegre risa, y para dar ejemplo, las señoras de Sibry.

No dejó de haber cazadores á quienes disgustó bastante el poco papel que tenian que hacer en el drama.

— Esta clase de cacería no molestará mucho nues-

tras piernas, dijo el obeso comandante, puesto que en ella es condicion indispensable la de no moverse.

— No sé por qué razon nos hayamos de encerrar en tales chozas, dijo la diminuta madama Muntiel con gesto, y si consiguiéramos que madama Bernard y el comandante se soplasen juntos en cualquiera de ellas, aun podiamos tener paciencia.

— Por lo que hace á mí, siempre estoy dispuesta á hacer lo que hacen todos, replicó la buena madama Bernard; le que veo difícil es meterme con sombrero; y todo en la mayor de esas chocillas, y eso que he perdido por el camino mi lazo de cintas y mis rosas de cien hojas.

— Pues, señor, ¡qué se ha de hacer! ¡Qué caza tan singular!

— ¡Ay!

— ¡Yo, ya colé!

— ¡Qué extravagancia!

Como estas últimas exclamaciones anunciaban que la gente se iba colocando, el caballero las oyó con gusto, porque por aquella vez el ejercicio de sus funciones de maestro de ceremonias le habia fastidiado un poco.

Erán ya las seis de la tarde; el sol se ocultaba rápidamente tras los gigantes árboles del parque; la atmósfera estaba limpia; el aire apenas se dejaba sentir, y en las profundidades del bosque se escuchaban los diversos gorgoros de multitud de pajarillos que saltaban de rama en rama como lo hacen siempre al aproximarse la noche.

Algo les habian espantado las idas y venidas de los cazadores, el ruido que hacian y la diversidad de colores de sus trajes; pero luego que aquellos se encerraron en las chozas, y que se colocaron los zarzos de ramaje que les servian de puertas, y que un silencio profundo reinó en aquellos alrededores, principió á esperar el caballero que la caza saldria medianamente bien, á pesar del obstáculo que ofreceria la multitud de caras que la curiosidad asomaba á las rendijas de las chozas.

Aproximóse pues el guarda encargado de imitar para llamarlos, el canto de los pajarillos, mandándole en voz baja que principiase desde luego, y en llegando, se colocó junto á una de las cabañas situada casi en el centro del claro, escondiéndole tras de un monton de matas y ramaje sobrante, ignorando sus vecinos que se hallase tan cerca.

El guarda, reputado por muy hábil en aquel género de caza, hizo resonar con su pito algunos sonidos, bajos al principio, pero despues cada vez mas fuertes, imitando perfectamente el fúnebre grito que arroja el mochuelo en medio de la noche. Al oír aquella voz tan temible y conocida, que el silencio hacia resonar hasta lo mas oculto del bosque, todos los pajarillos de las cercanías á mas de un cuarto de legua á la redonda respondieron con pitidos y chillidos, y muchos de ellos, particularmente los pati-rojos, que son los menos asustadizos de los pájaros de bosque, se aproximaron con tanta vivacidad hácia el paraje en donde creian hallar al comun enemigo, que quedaron enredados lastimosamente.

Entonces principió una algarazca que no dejaba oír la voz de nadie: mientras los pobres cautivos lanzaban quejidos lastimeros estremeciéndose en las redes que los aprisionaban, otros animados por el sonido monótono y lúgubre, que suponian ser el chillido del mochuelo, acudían á socorrer á sus compañeros y quedaban presos como ellos. La señal de alarma atraía una tras de otra á todas las especies: los paros, las curruacas y hasta los abadejos y reyecillos habian acudido con cierta especie de furor, causando tanto ruido como otros cualesquiera de los mayores.

Bien pronto el hábil cazador mudó de táctica, y dejando de imitar el chillido del mochuelo, empezó á reclamar, esto es, por medio de pitos de diversas clases á imitar el variado canto de los pajarillos que piteaban en los árboles próximos: entonces los mas astutos y medrosos fueron engañados; y precipitándose atropelladamente los pajarillos hácia el lado en donde creian escuchar la voz de sus compañeros, los enlazaban las redes en el momento mismo en que los pobrecillos volaban á socorrer á sus hermanos.

Parecia que aquel género de caza tan sencillo no dejaba de agrandar á muchos de los espectadores, porque olvidando que se les tenia encargado guardasen estricto silencio, no por eso contenian las exclamaciones de placer y las careajadas de risa que se escapaban de todas las chozas. El mismo caballero de Clermont se aproximó con gran precaucion al guarda para no espantar la caza, y le dijo al oído para animarla:

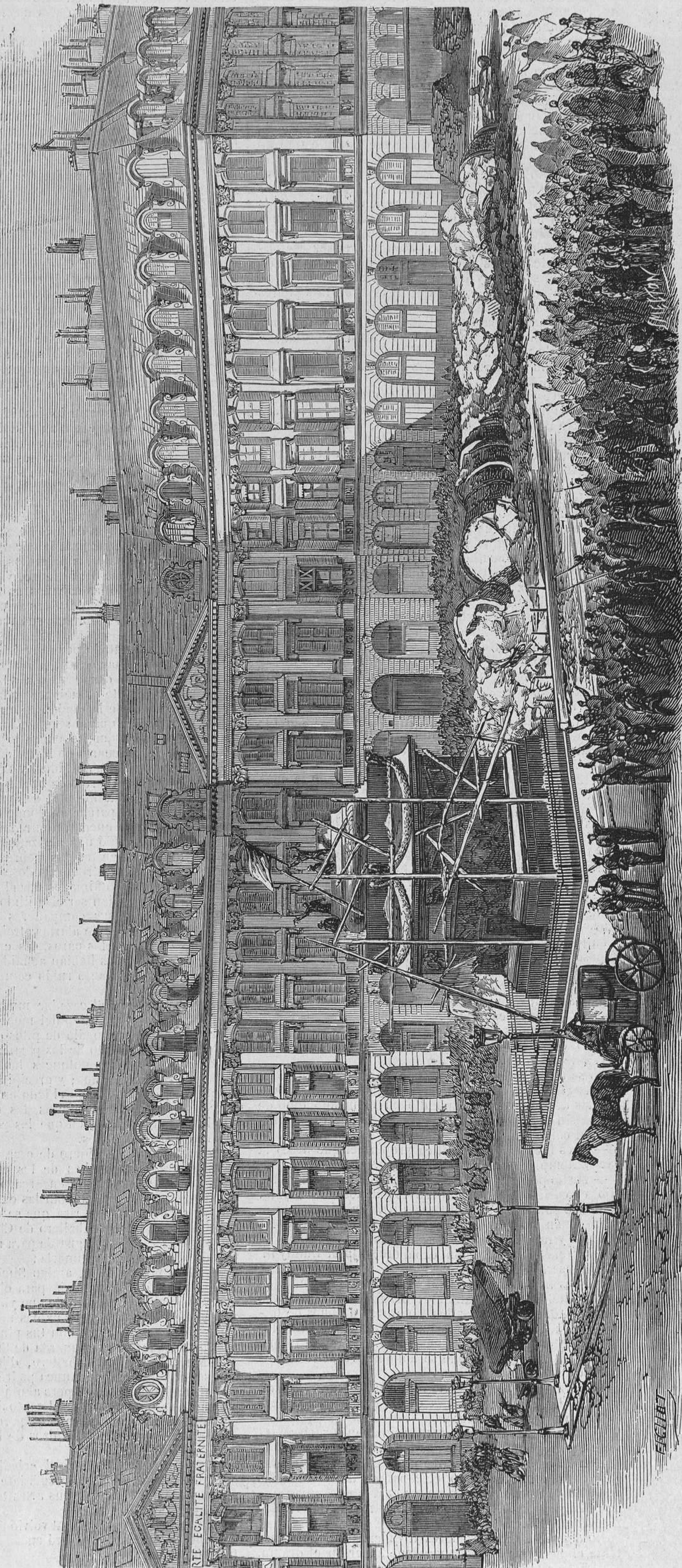
— ¡Bien por un viejo, amigo Simon! Tendremos pajarillos vivos en abundancia para obsequiar á las señoras, y puedes estar seguro de que yo no te olvidaré. Sigue, sigue hombre, que tú habias nacido mas bien para volar de rama en rama con tus plumas y pico correspondiente, que para ser guarda de Sibry.

— Muchas gracias, caballero, dijo el cazador, entre una sonrisa de orgullo; nunca podré mostrar mi habilidad en mejor compañía; pero ahora vais á ver una cosa buena: me propongo imitar el canto del pinzon, y es muy probable que los mirlos caigan; pero ya sabeis que los mirlos son los mas espantadizos de los pájaros, y como estais descubierto...

— Te entiendo, contestó el caballero, y me vuelvo á mi sitio; vamos, ánimo, ya cuédate de que te está mirando y siendo testigo de tus artes todo lo mas escogido del departamento.

Hablando así, M. Clermont volvió á su escondite, junto á la indicada choza, y esperó en silencio el resultado de las promesas del guarda.

(Se continuará.)



PARIS EN LOS DIAS DE LA COMMUNE. — La columna Vendôme en el suelo.

Explosion

DE LA CARTUCHERÍA RAPP.

En la tarde del 17 de mayo ha ocurrido en París un suceso lamentable que hemos podido presenciar.

Una terrible detonacion conmovió todo París; los habitantes creyeron que el ejército bombardeaba la ciudad y se apresuraba á cerrar las tiendas. Nos pusimos en marcha guiados por un espesa columna de humo, y llegados á los Campos Elíseos supimos que la explosion habia sido en la Escuela Militar, en el polvorin y cartuchería de Grenelle.

Para precisar bien la localidad en que ha pasado el trágico suceso, es preciso saber que la cartuchería forma el ángulo de la avenida Rapp y de la avenida Labourdonnais.

Hay dos cuerpos de edificio. Uno es el depósito de los proyectiles cargados, el otro es el taller. En el segundo trabajan 800 obreras, y en el primero 20 solamente; aquí es donde estalló el incendio.

A nuestra llegada al sitio de la catástrofe, se escuchaba una sucesion de detonaciones parecidas á las de las ametralladoras, pero mucho mas formidables.

Una inmensa columna de humo subia hasta las nubes, ensanchándose algunos centenares de metros. A una cierta altura quedaba suspendida, siendo iluminada por el sol que ya habia traspuesto los montes. Miles de cartuchos estallaban en los aires, cayendo una lluvia de balas en las cercanías, á mas de mil metros, lo que hab erido á mucho gente.

En los barrios de Auteuil, Passy, Grenelle y hasta la avenida del Rey de Roma, los cristales no han quedado sanos. Las aceras de la Escuela Militar estaban sembradas de vidrios.

El hospital que se encuentra á un centenar de metros del sitio de la explosion, ha sufrido una conmocion violenta. Religiosas, criados, enfermos, guardianes y enfermeros han huido con una confusion fácil de comprender.

Cuatro casas de cinco pisos se han hundido, y otras han sido deterioradas por la conmocion. En algunas casas los habitantes lanzaban los muebles y colchones por las ventanas para cambiar de domicilio.

En vano algunos hombres que no habian perdido su sangre fria daban saludables consejos. Era inútil, pues no eran escuchados; la locura, el pavor eran generales, y algunos se dirigian precipitadamente al lugar del siniestro en lugar de escaparse de él.

Las primeras víctimas que hemos visto, eran cuatro cadáveres de niños, segun dijeron, pues no tenian forma humana y era imposible reconocerlos. Una pobre mujer en cinta seguia las angarillas. Su rostro sangraba herido por los proyectiles; la actitud de esta mujer era la de una loca, y su marcha la de una autómatas; uno de los cadáveres era el de su hijo!

En el hospital del Gros Caillou y en el hospicio militar ha habido algunas víctimas causadas por proyectiles lanzados por la explosion.

En una casa de la calle de la Universidad, una mujer ha sido literalmente cortada en dos.

La ambulancia americana recibió muchos ridos. Doseientos hecarros de mano y omnibus entraban cargados de cuatro, cinco y hasta ocho heridos y cadáveres.

En las cercanías de la cartuchería habia acá y acullá brazos, piernas, hasta la mediacion del Campo de Marte.

Dos jóvenes han sido encontradas en un estado horrible; toda la parte delantera del cuerpo habia desaparecido, y el resto estaba carbonizado.

Sus ojos no eran mas que un virus negruzco y purulento.

El fuego continuaba entre tanto, y gracias á los esfuerzos valerosos de los bomberos, acabaron por dominarle con el auxilio de los transeúntes. El desastre hubiera sido mas grande sin la poderosa ayuda y notable energía del cuerpo de bomberos.

El pánico del primer momento pasó en breve, y le sucedió una viva é inteligente solicitud, prestándose los mayores cuidados. Cada cual daba muestras de abnegación, ofreciendo lo que tenia para socorrer á las víctimas. Algunas señoras llevaban las camillas; las primeras curas se hicieron en el Campo de Marte, al aire libre. Los heridos han recibido hospitalidad en las casas mas próximas.

Las víctimas se evalúan en cien muertos ó agonizantes y quinientos heridos; las pérdidas materiales en dos mil casas hundidas, destrozadas mas ó menos, en un espacio de seis kilómetros de circuito.

En cuanto á la causa de esta espantosa catástrofe, algunos la atribuyen á la malevolencia.

Se han hecho varios prisioneros, abriéndose un informe judicial, y la luz no dejará de brillar sobre tan espantoso siniestro.

Tendremos á nuestros lectores al corriente de todo cuanto sobre el particular ocurra.

Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion. -- véase el número 959.)

El hombre que solo vive en la atmósfera de los príncipes no ve en el cielo mas que estrellas para condecorar el pecho de los cortesanos; el envidioso solo distingue allí con odio celoso los honores brillantes de sus rivales, y para el avaro y para la inmensa mayoría de los ambiciosos de alta categoría, todo el firmamento brilla con libras esterlinas, recién salidas de la casa de moneda, con el busto del soberano; por mas que miren por todos lados, no ven otra cosa entre ellos y el cielo. De esta suerte las sombras de nuestros deseos vienen á colocarse entre nosotros y nuestros ángeles custodios que eclipsan á nuestros ojos.

Todo era esplendente y alegre, como si el mundo no hubiera sido creado mas que para aquella mañana, cuando M. Chester se dirigió, dejando al paso su caballo, á lo largo del camino del bosque. Aunque la estación no estaba muy adelantada, la temperatura era tibia y fecundante, los retoños de los árboles formaban sus racimos de hojas, los vallados y la yerba estaban verdes, el aire era un verdadero concierto merced á los cantos de las aves, y la alondra, remontando mas que todas su vuelo, lanzaba al espacio sus mas ricas melodías.

En los parajes sombríos el rocío de la mañana fulguraba sobre cada hoja y cada tallo, y donde tocaba el sol, brillaban aun algunas gotas diamantinas, como pesaras de dejar un mundo tan bello y de tener tan breve existencia. Hasta el viento ligero, cuyo murmullo era tan grato al oído como el agua de las acequias, prometía un hermoso día, y dejando un suave perfume por huella mientras se alejaba besando los árboles, contaba en secreto sus relaciones íntimas con el verano cuyo fausto regreso esperaba de un momento á otro.

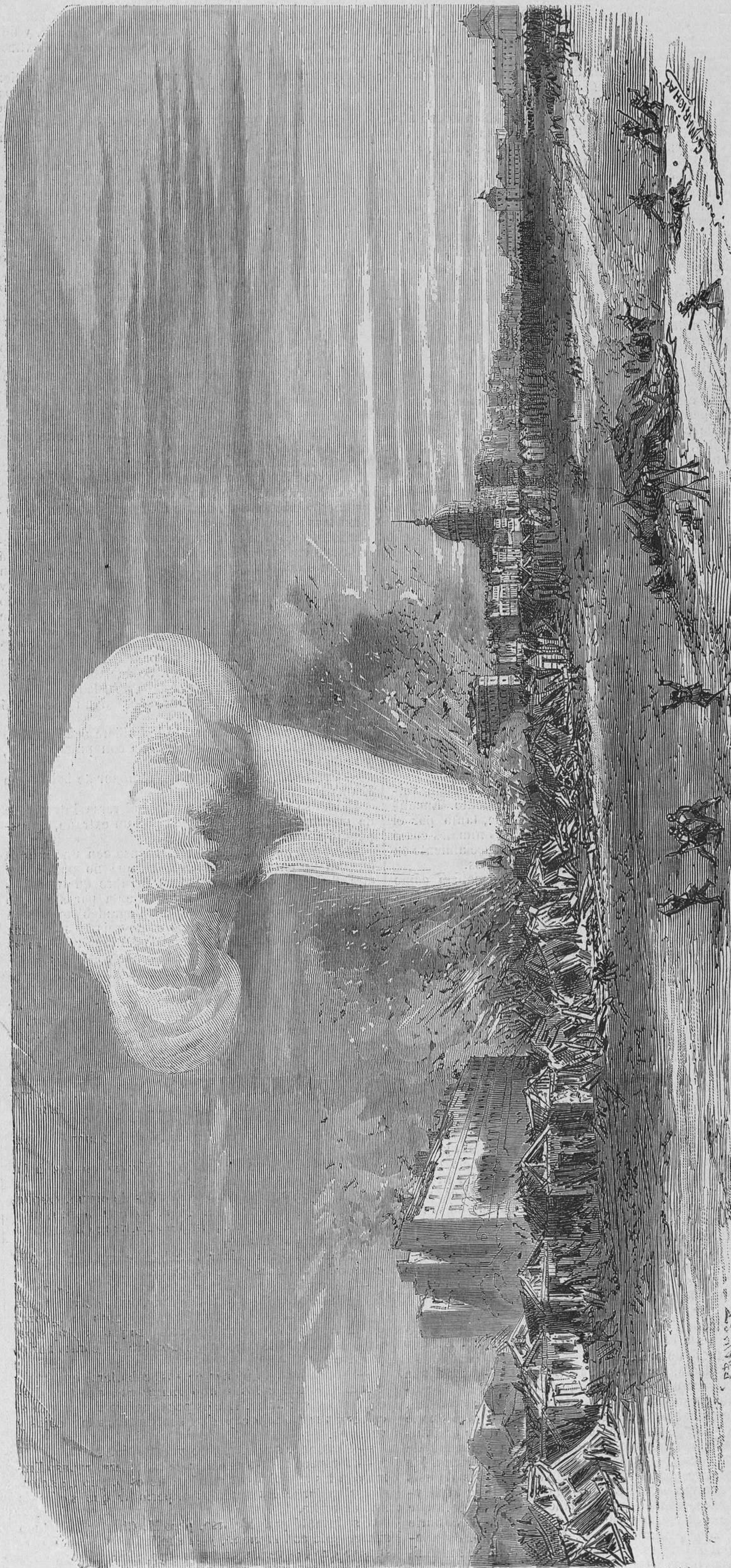
El jinete solitario continuaba su camino lentamente lanzando al través de los árboles una mirada del sol á la sombra y de la sombra al sol; pero si pensaba con cierto placer en el día tan sereno y en el camino sin lodo ni polvo, era tan solo para felicitarse en interés de su traje que brillaba mas haciendo buen tiempo. Se sonreía entonces con complacencia, pero satisfecho de sí propio mas que de otra cosa, continuando su paseo en su arrogante caballo, de tan bello aspecto como el jinete, y probablemente mas sensible á las interesantes escenas de la naturaleza que le rodeaban.

Las pesadas chimeneas del Maypole asomaron por fin sobre la copa de los árboles, pero no aceleró el paso, y llegó al portal de la posada con la misma calma y gravedad.

Juan Willet que se asaba su rubicunda cara delante de la chimenea donde ardía un abundante fuego, y que con una prevision y una viveza de imaginación prodigiosas, acababa de pensar mirando el cielo azul, que si el buen tiempo se prolongaba, seria preciso economizar leña y abrir las ventanas de par en par, salió para ayudar á desmontar á M. Chester llamando con voz desentona á Hugo.

— ¡Cómo!... ¿ya estás aquí? dijo el tío Juan asombrado de la prontitud con que habia aparecido Hugo. Lleva á la caballeriza este precioso animal, y ten mas cuidado del que acostumbras si no quieres ser despedido... Caballero, es un holgazán.

— Pero teneis un hijo, repuso M. Chester entregando la rienda despues de desmontar y contestando al saludo



PARIS DURANTE LA GUERRA CIVIL. — Explosión de la cartucheria Rapp.

del posadero llevándose la mano al sombrero con indolencia. ¿Por qué no le utilizais?

— El caso es que mi hijo, respondió el tío Juan dándose mucha importancia, el caso es que mi hijo... ¿Qué haces ahí escuchando, holgazan?

— ¿Quién escucha? replicó Hugo airado. ¡Pues á fe que es divertido escucharos! ¿Queréis que lleve el caballo á la cuadra sudando?

— Paséalo un rato á algunos pasos de nosotros, dijo el tío Juan, y siempre que me veas hablando con algun caballero, retírate á una respetuosa distancia. Si es que no sabes qué distancia es la que te corresponde, añadió el posadero despues de una pausa enormemente larga, durante la cual fijó sus ojos estúpidos en Hugo y aguardó con una paciencia ejemplar que le acudiera á la mente alguna cosa que se pareciera á una idea, ya encontraremos medio de enseñártelo.

Hugo se encogió de hombros desdeñosamente, tomó su ademán temerario y se dirigió al extremo del prado, donde, despues de echarse las riendas sobre el hombro, paseó el caballo, lanzando de vez en cuando bajo sus pobladas cejas á su amo miradas tan siniestras como las de un tirano de melodrama.

M. Chester que, sin manifestarlo, le habia observado atentamente durante esta breve disputa, entró en el portal, y volviéndose bruscamente hácia el posadero, le dijo:

— Teneis criados muy extraños.

— En efecto, ese muchacho tiene un aspecto muy extraño, pero es un buen criado para los quehaceres de fuera de casa. En cuanto á caballos, perros y demás animales, no hay en Inglaterra un mozo mas entendido. Sin embargo, para lo interior de la casa, añadió el posadero con el aire confidencial de un hombre que sabe apreciar su superioridad, es un chico enteramente nulo. Lo de casa es negocio mio. Pero si ese muchacho tuviera una chispa de talento, caballero...

— Apostaria cualquiera cosa á que es un muchacho activo, dijo M. Chester hablando como distraido.

— ¿Que si es activo? ¡Vaya! vais á verlo, dijo el tío Juan, cuyo rostro tomó una expresion extraordinaria. ¡Eh, muchacho! Trae por aquí el caballo, y sube á colgar de la veleta mi peluca, para que vea este caballero si eres listo.

Hugo no contestó, sino que entregando las riendas á su amo y arrancándole de la cabeza la peluca con tan poca ceremonia y tanta precipitacion que desconcertó al mismo tío Juan, aunque ejecutó su deseo especial, se encaramó como un mono por el mayo plantado delante de la casa, y suspendiendo la peluca de la veleta le hizo dar vueltas como un asador. Terminado este ejercicio, la arrojó al suelo, y deslizándose á lo largo del árbol con inconcebible rapidez, se encontró de pié casi al mismo tiempo que llegaba al suelo la peluca.

— ¿Qué os parece, caballero? dijo el tío Juan volviendo á su estado habitual de entorpecimiento. Encontrareis pocas posadas como el Maypole, tanto por el buen servicio de las personas y de los animales como por la baratura y excelencia del trato, especialmente en lo que concierne á la ligereza de sus criados.

Esta última observacion aludía á la manera como Hugo montaba á caballo y desaparecia en un abrir y cerrar de ojos en la caballeriza.

— Especialmente en lo que concierne á los criados, repitió el tío Juan cepillándose la peluca con la manga y decidiéndose interiormente á distribuir sobre los diversos artículos de la cuenta de su huésped un aumento por el deterioro causado por el polvo á la peluca. Salta desde todas las ventanas de la casa, y no ha existido jamás un mozo como él para arrojarse por cualquiera parte sin romperse la cabeza. Soy de parecer, caballero, que debe esta facultad á su falta de talento, y que si se le pudiera meter en la cabeza un poco de talento (cosa del todo imposible) no seria capaz de hacer lo que hace. Pero me hablábais de mi hijo.

— Es cierto, es cierto, señor Willet, dijo M. Chester volviéndose hácia el posadero con su serenidad habitual. ¿Sabeis lo que cuentan de él?

Me han asegurado que el tío Juan guiñó el ojo antes de responder, pero como nunca se le reconoció culpable de tamaña ligereza de conducta ni anterior ni posteriormente, se puede considerar esta falta de dignidad como una invencion de sus enemigos, basada tal vez sobre el hecho siguiente que es innegable. Cogió á su huésped por el tercer boton de la casaca, empezando á contar por el cuello, y le dijo al oído:

— Caballero, sé cuál es mi deber. No necesitamos aquí amoríos á despecho de los padres. Respeto á cierto jóven porque es todo un caballero, y respeto á cierta señorita porque es toda una señorita; pero en cuanto á sus trapicheos, no entro ni salgo, me lavo las manos y no quiero ser cómplice de nada ni de nadie. Mi hijo está ya fuera de peligro.

— En efecto, me parece haberle visto asomado á una ventana hace un momento, dijo M. Chester, que naturalmente creyó que habia estado enfermo de gravedad.

— No os habeis equivocado, caballero, y creo que le habeis visto, repuso el posadero. Os decía que está fuera de peligro en cuanto á sucumbir á la tentacion de servir de corre-ve-y-dile de ese par de enamorados. Me ha prometido no salir de aquí. Yo y algunos de mis amigos que vienen todas las noches de tertulia al Maypole, hemos pensado que el medio mas eficaz para que no pudiera oponerse á vuestros deseos seria encerrarle en casa bajo palabra de honor. Y estad seguro, caballero, de que sabremos prolongar de una manera indefinida el plazo de su libertad.

El tío Juan alejó del oído de su huésped sus rubicun-

da cara, y sin modificacion alguna sensible en sus facciones, prorumpió en tres carcajadas sordas, parecidas por su sonido al caer del agua de una vasija honda y de cuello angosto. Siempre se reia de este modo, y únicamente se lo permitia en las ocasiones raras y extraordinarias.

Nadie se asombre de que el tío Juan se permitiera esta risa sin respeto hácia una persona que habia pagado siempre con generosidad el gasto que hacia en el Maypole, pues por el contrario esta demostracion poco formal y mas que familiar, era aconsejada por el convencimiento de su penetracion y sagacidad.

En efecto, el tío Juan, despues de haber pesado con cuidado al padre y al hijo en sus balanzas mentales, habia llegado á la categórica deducción de que M. Chester padre era mas astuto, mas inteligente y de mejores cualidades que M. Chester hijo. Y echando despues en el mismo platillo, ya victorioso, á su propietario, y encima de M. Haredale la satisfaccion de contrariar al desgraciado José y su resistencia paternal en principio general á todos los negocios de amor y de matrimonio, este platillo cayó hasta el suelo, haciendo subir hasta el techo al pobre Eduardo, que pesaba menos que una pluma.

M. Chester no era hombre propio para hacerse ilusiones sobre los motivos que impulsaban al tío Juan, pero le dió las gracias con tanta amabilidad como si el posadero fuera uno de los mártires mas desinteresados que existieran en el mundo, y dejándole libre de arreglar una comida de su gusto, grande prueba de confianza en su destreza ordinaria, segun le dijo con tono ceremonioso, dirigió sus pasos hácia la Garenne.

Vestido con mas elegancia aun que de costumbre, dando á su actitud una gracia completa que, á pesar de ser el resultado de un largo estudio, le dejaba el mas gracioso desembarazo, dando á sus facciones la expresion mas serena y mas adecuada para atraerse los corazones, y en una palabra, lleno de seduccion y de sonrisas, lo cual indicaba que daba bastante importancia á la impresion que iba á producir su persona, entró en los límites del paseo habitual de la señorita Haredale, y apenas habia dado algunos pasos y mirado en torno suyo, vió una jóven hermosa que salia de una calle de árboles y se dirigia hácia la quinta. Una rápida mirada á su talle y su traje, mientras pasaba por un puente de madera que les separaba, bastó para cerciorarle de que era la persona que deseaba ver. Se adelantó pues hácia ella, y un momento despues estaba á su lado.

Se quitó el sombrero, y retirándose á un lado, dejó pasar á Emma.

Despues, como si de pronto le hubiera acudido á la mente una idea, se volvió hácia ella con precipitacion, y le dijo con voz agitada:

— Perdonad, señorita, ¿tengo el honor de hablar con Emma Haredale?

Emma se paró, bastante confusa al verse interpelada de una manera tan inesperada por un extraño, y respondió afirmativamente.

— No sé por qué me figuré, repuso con una mirada que era un cumplido á su belleza, que no podiais ser otra. Señorita Haredale, llevo un nombre que no os es desconocido, y que, perdonad que sienta por ello tanto orgullo como pesar, creo que suena agradablemente en vuestros oídos. Soy ya un viejo como veis, y me llama padre el hombre á quien os dignais distinguir con vuestra preferencia. ¿Puedo suplicaros, por poderosas razones que me son penosas, que me concedais aquí un minuto de conversacion?

¿Cómo hubiera podido dudar de la sinceridad de aquel hombre una jóven que desconocia la astucia, y con el corazón lleno de franqueza, especialmente cuando percibia en su voz el eco de un acento que conocia tan bien y que tanto la halagaba? Inclino la cabeza, se paró y bajó los ojos con pudor.

— Apartémonos de aquí, hácia esos árboles. Os ofrezco la mano de un anciano, señorita Haredale, una mano leal y honrada.

Emma se dejó tomar la mano, y ambos fueron á sentarse en un banco rústico.

— Me alarmais, caballero, dijo Emma en voz baja. ¿Traeis alguna mala noticia?

— Ninguna que podais temer antes de oirme, respondió sentándose á su lado. Eduardo está bueno, muy bueno. De él deseo hablaros, pero no vengo á anunciaros desgracia alguna.

Emma volvió á inclinar la cabeza como para suplicarle que continuase, pero sin responder.

— Sé que todo milita en contra mia en lo que voy á decir, señorita Haredale. Creedme, no he olvidado los sentimientos de mi juventud hasta el punto de ignorar que no estais dispuesta á mirarme con ojos propicios. Habreis oido decir que soy un hombre de corazón frio, positivo y egoista.

— Nunca he oido hablar de vos, caballero, en términos duros ó indecorosos, dijo Emma con ademán descontento y voz firme. Hacedis poca justicia á Eduardo si creéis á vuestro hijo capaz de sentimientos tan bajos y vulgares.

— Perdonad, señorita, pero vuestro tío...

— Tampoco mi tío es capaz de tal bajeza, repuso Emma con las mejillas encendidas; no es propio de su carácter hablar de los ausentes ni permitir que se hable mal de nadie.

Y se levantó para alejarse, pero M. Chester la detuvo suavemente con la mano, y la suplicó con acento persuasivo que le oyera un minuto mas. Emma se calmó y consintió en volver á sentarse.

— ¡Tan á la ligera ofendes, Eduardo, dijo M. Chester

alzando los ojos al cielo y apostrofando al aire, un corazón tan franco, tan ingenuo y tan noble! Es vergonzosa, es culpable tu conducta.

Emma se volvió hácia él con una mirada de desden y de indignacion.

M. Chester tenia los ojos bañados en lágrimas, pero se las enjugó precipitadamente como si no quisiera que sorprendieran su debilidad, y la miró con admiracion y lástima.

— Nunca hubiera creído hasta ahora, dijo, que la conducta frívola de un jóven pudiera conmoverme como acaba de hacerlo la de mi propio hijo, ni nunca habia sabido hasta hoy lo que vale el corazón de una mujer que esos jóvenes despedazan como un juguete que se abandona. Creed, querida Emma, que nunca habia apreciado vuestro mérito hasta ahora, y aunque al venir á veros solo he cedido al horror que me causa la mentira y el engaño, porque hubiera hecho lo mismo con la jóven mas pobre y mas desgraciada, no hubiera tenido valor para arrostrar esta entrevista si hubiese podido figurarme en mi mente que érais tal como os encuentro en realidad.

¡Oh! ¡Cuánto hubiera gozado la herrera si hubiese podido ver al virtuoso M. Chester cuando pronunció estas palabras con sus ojos llenos de indignacion, si hubiese podido oír su voz entrecortada y trémula, si hubiese podido contemplarle cuando en pié y con la cabeza descubierta daba rienda suelta á su elocuencia con insólita energía!

Emma le contemplaba en silencio, con expresion altiva, pero pálida y temblando. No hablaba ni se movia, pero le miraba como si quisiera leer en su corazón.

— Arrojaré el temor, dijo M. Chester, que el afecto natural impondria á algunos hombres, y romperé todos los lazos menos los de la verdad y del deber. Señorita Haredale, os engañan; os engaña vuestro indigno amante, mi indigno hijo.

Emma le miró fijamente y tampoco contestó.

— Siempre me he opuesto al amor que os fingia, y me hareis la justicia de recordar, querida Emma, que vuestro tío y yo fuimos enemigos en nuestra juventud. Así pues, el galanteo de mi hijo hubiera sido para mi una fácil venganza. Pero como con la edad se van olvidando los rencores, me opuse desde un principio á que mi hijo llevase á cabo su proyecto, porque preveia el resultado, y queria evitaros un disgusto.

— Hablad sin rodeos, caballero, balbuceó Emma. ¿Me engañais ó no? No os creo, no puedo ni debo creerlos.

— En primer lugar, dijo M. Chester con tono insinuante, como existe en vuestra alma algun secreto sentimiento de cólera que no quiero explotar, os suplico que tomeis esta carta. Ha venido á mis manos por casualidad, por una equivocacion; me han dicho que está destinada á explicaros por qué no ha contestado mi hijo á otro billete vuestro. No quiera Dios, señorita Haredale, dijo M. Chester con grande emoción, que quede en vuestro tierno corazón un injusto motivo de queja contra Eduardo. Debeis conocer, como vais á verlo, que Eduardo no ha faltado sobre este punto.

Semejante proceder parecia tan candido, tan escrupuloso, tan noble, tan verdadero y tan justo, y habia en él un desprendimiento que hacia de su leal autor un hombre tan digno de confianza, que Emma sintió por vez primera desfallecer su corazón, y volviendo el rostro prorumpió en llanto.

— Quisiera, dijo M. Chester inclinándose hácia ella y hablándole con voz dulce y venerable, quisiera poder desvanecer vuestro dolor y no acrecentarlo. ¡Ah! no me es posible. Mi hijo, mi hijo extraviado... porque no quiero acusarle de ser criminal con deliberado propósito, y sé muy bien que los jóvenes que han tenido ya dos ó tres amoríos antes obran sin reflexion y sin saber si quiera el mal que causan... Mi hijo romperá los juramentos que os ha hecho, y los ha roto ya. ¿Guardaré ahora silencio, y despues de haber dado este aviso dejaré al porvenir el cuidado de justificarle, ó queréis que continúe?

— Continuada, caballero, respondió Emma, y hablada con mas franqueza aun. Debeis hacerlo tanto por él como por mí.

— Querida Emma, dijo M. Chester inclinándose hácia ella de una manera mas afectuosa, á quien quisiera dar el dulce nombre de hija, lo cual no permite el destino; Eduardo trata de romper sus relaciones bajo un pretexto falso y que no tiene excusa. Tengo pruebas de lo que digo. Perdonad si he vigilado su conducta, pero me interesaba por vuestra honra y vuestra paz, y no me quedaba otro recurso. Tiene en su escritorio una carta, que he leído y que recibireis muy pronto, en la cual os dice que nuestra pobreza... nuestra pobreza, la suya y la mia, le impide continuar en pretender vuestra mano; en la cual os ofrece, os propone voluntariamente que dejeis el compromiso, y dice con magnanimidad (esto lo hacen los hombres comunmente en tales casos) que será algun dia mas digno de vuestra atencion, y varias frases por el mismo estilo; una carta, en fin, en la cual, no solo gasta con vos cumplimientos, perdonad la expresion, pues quisiera llamar en vuestro auxilio vuestro orgullo y vuestra dignidad, no tan solo gasta con vos cumplidos para volver, segun me temo, á galantear á la que habia desdeñado por vos durante su corto capricho, hijo únicamente de su orgullo ofendido, sino que trata de hacerse un mérito y una virtud con su supuesto sacrificio.

Emma lanzó á M. Chester otra mirada orgullosa como por un movimiento voluntario, y repuso con voz conmovida:

— Si es cierto lo que decís se toma un trabajo inútil

para ejecutar su designio. Hace muy mal en inquietarse por la paz de mi alma. No obstante, se lo agradezco infinito.

— Reconocereis si es cierto lo que digo, señorita, añadió M. Chester, recibiendo ó no la carta de que os hablo... Me alegro de veros, querido amigo, M. Haredale, aunque nos volvamos á encontrar en una circunstancia singular y bastante triste. ¿Estais bueno?

Al oír estas palabras Emma alzó los ojos que estaban bañados en lágrimas, y al ver á su tío en pie junto á ellos y sintiéndose incapaz de añadir una palabra, se alejó precipitadamente, dejando á los dos enemigos mirándola como se retiraba sin que durante largo rato rompiera ninguno de ellos el silencio.

— ¿Qué significa esto? Explicaos, dijo por fin M. Haredale. ¿Por qué estáis aquí con ella?

— Querido amigo, respondió M. Chester tomando su actitud habitual con prodigiosa prontitud y sentándose en el banco como si estuviese cansado; me dijisteis días pasados en ese vetusto meson, del que sois digno propietario (un precioso establecimiento para las personas que se dedican á las faenas rurales y tienen una salud á prueba de pulmonías), que tenía la cabeza y el corazón de un genio maléfico en materia de engaño. Pensé entonces, sí, lo pensé en realidad, que me adulábais; pero ahora principio á asombrarme de vuestro discernimiento, y dejando la vanidad á un lado, creo que teniais razón. ¿Habeis fingido alguna vez ingenuidad, santa indignación y compasión virtuosa y noble? No podeis figuraros, amigo mío, si no habeis hecho la prueba, cuánto cansa á un hombre un esfuerzo de esta clase.

M. Haredale le miró con frío desprecio.

— Creo que deseariais evitar una explicación, dijo cruzando los brazos, pero la necesito y puedo esperarla.

— Y no esperareis mucho, amigo mío, repuso M. Chester cruzando las piernas con indolencia. Es la cosa más sencilla del mundo, y la explicación no será larga. Eduardo ha escrito una carta, una obra literaria infantil, honrada y sentimental, y no se ha atrevido á enviarla. Yo me he tomado una libertad que mi afecto y mi ansiedad paternal excusan suficientemente; he leído dicha carta y he explicado su contenido con algunas correcciones, adiciones y comentarios á vuestra sobrina, que es una niña preciosa, encantadora, angelical. En adelante podeis dormir tranquilo; todo queda arreglado. Privados de sus confidentes y cómplices, excitados hasta el más alto grado el orgullo y los celos de Emma, porque nadie podía desmentirme y porque vos apoyarais por vuestra parte mis asertos, ya vereis cómo cesan sus relaciones con la respuesta que daré vuestra sobrina. Si recibe la carta de Eduardo al medio día, su separación principiará desde la tarde. No os exijo la gratitud porque he trabajado por mi propia cuenta, y si he anticipado los resultados de nuestro pacto con un ardor y una actividad dignos de mejor causa, confieso que lo he hecho por puro egoísmo.

— Maldigo ese pacto, como vos lo llamais, con todo mi corazón y con toda mi alma, dijo M. Haredale; en mal hora se hizo. Me he comprometido á mentir, me he asociado con vos, y aunque me haya impulsado un poderoso motivo y me cuesta un esfuerzo sobrehumano, me odio y me desprecio por esta acción.

— No os acaloreis tanto, dijo M. Chester con benévola sonrisa.

— Sí, me acaloro, y vuestra sangre fría me vuelve loco. Chester, si la sangre circulara con más calor por vuestras venas, y no me ataran deberes santos é imperiosos... Pero tenéis razón, todo queda arreglado, y es lo único en que puedo creer. Cuando sienta remordimientos por esta perfidia, pensaré en vos y en vuestro casamiento, y trataré de justificarme con este recuerdo de haber separado á toda costa á Emma de vuestro hijo. Queda, pues, nuestro pacto cumplido, y solo nos resta separarnos, si es posible para siempre.

M. Chester le envió graciosamente un beso con la mano, y con rostro tranquilo que había conservado durante esta escena, aun cuando había visto á su compañero transportado de cólera hasta el punto de estremecerse todo su cuerpo, permaneció en el banco en actitud indolente observando á M. Haredale que se alejaba furioso.

— ¡Mi víctima y juguete en la escuela, dijo alzando la cabeza para mirar hácia atrás, mi antiguo amigo que no pudo conquistar la querida que yo le robé! Triunfo en lo presente y en lo pasado. Ladra, mísero perro; la fortuna me ha favorecido siempre; me divierten tus ladridos.

El sitio donde se habían encontrado era una calle de árboles que siguió M. Haredale sin dirigirse á otro lado. Cuando estuvo á cierta distancia, volvió la cabeza por casualidad, y vió á su antiguo amigo en pie y mirándole, se paró creyendo que se había decidido á ir á su alcance y esperó con arrogancia.

— Otro día, otro día tal vez, pero no aun, dijo para sí M. Chester moviendo la mano como si fuesen los más íntimos amigos y volviéndose para alejarse. Aun no, Haredale. La vida me es grata y para tí es triste y pesada. No. Cruzar la espada con semejante hombre y saciar así su odio, á no ser en el postrer extremo, sería en verdad una locura.

Sin embargo, desenvainó la espada mientras andaba, y su mirada midió veinte veces el acero. Pero ten prudencia y llegarás á viejo. Se acordó de este refrán, volvió á envainar la espada, desvaneció su ceño con una sonrisa, entonó entre dientes una canción de moda, y volvió á ser como antes el imperturbable M. Chester.

XXX.

Hay por desgracia personas de quienes dice el refrán que si les dais la mano os tomarán el brazo.

Sin citar los ilustres ejemplos de esos heroicos azotes de la humanidad, cuyo amable camino en la vida se trazó desde su nacimiento hasta su muerte al través de la sangre, el fuego y las riñas, y que parece que solo existieron para enseñar á la humanidad que como la ausencia del mal es un bien, la tierra, libertada de su presencia, puede considerarse como un lugar de bendición, nos contentaremos con el ejemplo del tío Juan Willet.

El tío Juan Willet se había tomado hasta el codo en la libertad de José, y le había llegado hasta cerca del hombro en el permiso de abrir la boca, de modo que su despotismo no conocía ya valla ni límites. Cuanto más se sometía José, más exigente era el tío Juan. Muy pronto se tomó todo el brazo, y de día en día impuso más privaciones de palabras y de obras á su esclavo, hasta conducirse en su pequeña esfera con tanta altivez y majestad como el más glorioso tirano de los tiempos antiguos ó modernos.

Así como los grandes hombres son excitados en los abusos del poder (cuando tienen necesidad de ser excitados, lo cual sucede raras veces) por sus aduladores ó subalternos, del mismo modo el tío Juan se vió impulsado á sus excesos de autoridad por el aplauso y la admiración de sus tertulios del Maypole, los cuales todas las noches, en los intermedios de sus pipas y de sus vasos de cerveza, sacudían sus cabezas y decían que el tío Willet era un padre de la antigua escuela inglesa, que no hablaban con él esas invenciones modernas de dulzura paternal ni los métodos del día, que convendría más al país que hubiese más padres como él y que era lástima que fuesen tan pocos, y otras mil reflexiones originales de la misma especie. Condescendían después en hacer comprender á José que todo aquello lo hacían por su bien y que algún día les daría las gracias. Monsieur Cobb, en particular, le refería que cuando tenía su edad, su padre le daba un paternal puntapié, un tirón de orejas, un coscorron en la cabeza ó cualquier otra advertencia cariñosa por el estilo; y advertía además con miradas muy significativas que á no ser por tan prudente educación nunca hubiera podido llegar á ser lo que era. Y la conclusión era muy probable, porque se distinguía entre los tertulios por lo regañón y quisquilloso.

En una palabra, entre el tío Juan y los amigos del tío Juan, jamás había existido un joven tan desgraciado, tan reprendido, tan molestado, tan irritado, tan hostigado ni tan aburrido de la vida como el pobre José Willet.

Este sistema despótico había llegado á su último extremo, pero como el tío Juan tenía un vivo deseo de hacer brillar su supremacía delante de M. Chester, se propuso aquel día, y aguijoneó y exasperó de tal modo á su hijo y heredero, que si José no se hubiera hecho á sí propio el juramento solemne de estarse con las manos en los bolsillos cuando no estaban ocupadas en otra cosa, es imposible decir lo que hubiera sucedido. Pero el día más largo tiene su fin, y M. Chester salió del meson para montar á caballo.

Como el tío Juan no estaba allí en aquel momento, José que meditaba en el portal sobre su triste suerte y sobre las innumerables perfecciones de Dorotea Varden, salió para sostener las riendas del caballo. M. Chester acababa de montar y José iba á dirigirle un gracioso saludo, cuando el tío Juan salió disparado y cogió á su hijo por el cuello de la chaqueta.

— ¡A casa! ¡á casa, caballerito! dijo el tío Juan. ¿Así se falta á la palabra? ¿Cómo os atreveis á salir de la puerta sin mi permiso? ¿Tratais de huir como un perjuró? ¿Qué pretendéis, caballerito?

— Dejadme, padre, dijo José con aire de súplica viendo una sonrisa en el rostro de M. Chester que se divertía con su percance. Esto pasa ya de raya. ¿Quién trata de huir?

— ¿Quién trata de huir? dijo el tío Juan sacudiéndole. Vos, señorito, vos, tunante, añadió el posadero teniéndole cogido con una mano y empleando la otra con saludar á M. Chester; vos que queréis deslizaros como una culebra en las casas ajenas y suscitad contiendas entre los padres y los hijos. ¿Direis que no sois vos? ¡Silencio!

José no hizo esfuerzos para replicar. Su baldón estaba consumado, y la última gota iba á hacer derramar el vaso. Se desprendió pues de su padre, lanzó una mirada de ira al huésped que se alejaba y entró en la casa.

(Se continuará.)

Las aventuras de maese Block.

Imitación de *Museus*.

(Conclusion. — Véase el N.º 959.)

En suma, Fridolin presentó su demanda, se contó el

oro, la madre dió su consentimiento, y quedó el trato cerrado.

Sin embargo, había motivos de sorpresa.

Lucía parecía algo inquieta; pero algunas palabras que murmuró en su oído el feliz Fridolin borraron muy luego de su frente aquella nubecilla.

La madre, que conocía la escrupulosa honradez de su hija, no trató de penetrar el secreto: aquella fortuna no podía tener un origen sospechoso, puesto que Lucía había consentido en disfrutarla.

Mucho movimiento hubo en la casa en los siguientes días.

La noticia de la boda de Lucía corrió por todas partes con la velocidad de la flecha, y en todas las calles por donde acertaba á pasar el elegante novio, se oían abrir las puertas y ventanas.

— Le he visto, le he visto, decían con aire de triunfo cuando entraban en las reuniones.

— Muy alto es, decían unas.

— Y muy rubio, decían otras.

— Parece un fanfarrón.

— Parece que tiene orgullo por su riqueza.

Algunas, sin embargo, le defendían y envidiaban mucho á la novia.

¿Pero de dónde procedía aquella fortuna extraordinaria?

En este punto todo eran conjeturas.

Lo más notable fué cuando llegó un carretero de Nuremberg, se detuvo á pocos pasos de la casa de Block con un furgon cargado y comenzó á sacar cofres y cajas.

La madre de Lucía cogió un mazo y un gancho y comenzó á descerrajar las cajas y los cofres; y con grande estupefacción de la vecindad salían de allí muebles nuevos, camas esculpidas, una preciosa cuna con colgaduras, en fin, todo un ajuar propio de una casa opulenta.

Los espectadores se quedaban como petrificados; se olvidaron de ir á buscar agua á la fuente y á los jornaleros se les pasó la hora del trabajo.

Al cabo se fijó el día de la boda, y la madre de Lucía convidó generosamente á más de la mitad de la población; y como la casa de Block no era bastante espaciosa para el festín, se dió la cita en la posada del Becerro de Oro.

Lucía parecía muy feliz; pero de tiempo en tiempo exhalaba un suspiro.

— ¡Ah! exclamaba ciñéndose á la frente su corona nupcial, si mi padre me llevara al altar sería completa mi dicha. Mas ¡ay! quizás padece hambre y sed, en tanto que nadamos nosotros en la alegría y en la abundancia.

Su corazón se oprimió con esta idea, y echó á llorar, y no se sorprendió poco cuando oyó que su madre le respondía:

— Yo también desearia que volviera, pues desde que no le veo parece que me falta alguna cosa.

Y era verdad; la faltaba ocasión para armar disputas. Tenía que encerrar su ira dentro de sí como los vientos impacientes en el antro de Eolo.

Acaso sus gritos y sus furiosos estarian condenados á una prisión eterna.

— Pero ¡oh sorpresa! la misma víspera de las bodas se presentó delante de Rottemberg un hombrecillo arrastrando un carreton, pagó á la puerta los derechos que devengaba un barril de clavos, de los cuales mostró un puñado al aduanero, llevó su carga hasta la casa de la novia, y llamó á la puerta.

Lucía abrió la ventana, reconoció á su padre, se lanzó á su encuentro y le abrazó estrechamente.

Su mujer tuvo también un buen movimiento; tendió su mano á Block y le dijo:

— Vamos, viejo beodo, á ver si te portas mejor en lo sucesivo.

Fridolin le prodigó sus lisonjas.

Block miraba con atención al forastero y no le era simpático.

Sin embargo, cuando su hija le contó lo ocurrido, cambió de sentimiento y dió testimonios de amistad y de confianza á su futuro yerno, de modo que no tardaron en ser buenos amigos.

Después que la esposa sirvió un refrigerio al marido, le apremió para que contase sus aventuras.

— Bendito sea Rottemberg, mi pueblo natal, dijo, aunque no me haya enriquecido. He recorrido muchas comarcas y he hecho muchos oficios, con los cuales he ganado este barril de clavos, que quiero dar en dote á los jóvenes novios.

Al oír estas palabras, todos los vientos salieron del antro de Eolo, y la esposa Block dió rienda suelta á la tormenta de maldiciones que en ella había encerrado con largo silencio.

Enseñó los puños á su esposo; pero Fridolin se interpuso y calmó un poco á la furia, prometiéndola que si ponía fin á sus querellas, él atendería á la manutención del anciano.

Al día siguiente se celebró la boda, realizándose el deseo de la joven de que su padre la condujese al altar del himeneo.

Maese Block lucía un vestido de terciopelo nuevecito, y parecía un magistrado.

Los novios fueron á vivir á una casa que Fridolin había comprado, con mas una huerta fuera de la población, una viña, tierras y praderas.

En todo el pueblo se creía que maese Block vivía á costa de su yerno: nadie adivinó que el cuerno de abundancia de donde salía aquella prosperidad no era otro que el barril de clavos.

VI.

EXPLICACIONES.

Block había llevado á buen término la empresa del Blockoberg.

No había marchado en derechura al barranco misterioso con la rapidez de la cuadrilla de las brujas cuando en la noche de Walpurgis cabalgan en mangos de escoba, sino que había caminado lentamente, haciendo paradas en las ventas.

Sin embargo, al descubrir las azuladas cumbres del Hartz, se hizo mas sobrio, porque comenzó á turbarse y se dijo que necesitaba entonces toda su sangre fría.

Llegó á la falda de la montaña de San Andrés, al arroyo Eder, y por fin se encontró frente á la hondonada.

Ya no era posible retroceder.

Abrió las puertas, gracias á la raíz mágica, atestó de oro su talego y sus bolsillos, y subió con mas rapidez los setenta y dos escalones de la cueva, que en otro tiempo subía las tres ó cuatro gradas del molino.

Sin embargo, cuando volvió á ver la luz, sintió la emoción de un náufrago, que, habiendo sido juguete de las olas, pone la planta, en fin, en la tierra descada.

El caso es que en su turbación, mientras se hartaba de recoger oro del rey Brucktorix, había dejado caer la raíz mágica y la había olvidado.

No podía repetir, pues, la visita; pero esto no le apesadumbraba sobremanera, en razón á que ya era rico.

Calmada su emoción, pensó cómo trasportaría su tesoro á Rottemberg, sin llamar la atención de nadie.

Además, era muy importante para él que su cara mitad desconociese la antigua herencia de Brucktorix, pues si bien quería compartir con ella su fortuna, quería también ser único dueño de la fuente.

Al cabo de muchos planes, maese Block se fué á la aldea circunvecina, eligió un carreton, compró un barril de doble fondo y puso el oro debajo y clavos encima, despues de lo cual se encaminó á Rottemberg, haciendo buenas medidas en los paradores.

Había salido ya de las montañas y marchaba por el camino de la ciudad de Glorich, cuando se encontró con un jóven que parecía sumergido en la tristeza mas profunda.

Maese Pedro, de muy buen humor, se acercó á él y le dijo:

— ¿A dónde va el mancebo?

El forastero respondió muy desanimado:

— A donde me lleven las piernas, dentro ó fuera del mundo.

— ¿Por qué fuera del mundo? ¿qué te ha hecho el mundo que deseas dejarle?

— No mucho mal, pero tengo razones para no estar contento.

Maese Pedro, que hubiera querido hacer felices á todos los hombres, puesto que él lo era, trató de distraer al desconocido, y le convidó á comer con él, ofreciéndose á pagar solo.

En la posada en donde entraron había fiestas. Un olor muy apetitoso se exhalaba de los hornillos.

Maese Pedro llevó al melancólico viajero á un cenador del jardín.

El sol brillaba al través del follaje, un buen almuerzo aparecía en la mesa, y un vino generoso espumaba en su espacioso jarro.

— Vamos, jóven, exclamó Pedro, valor, ahuyenta la tristeza y deja que en tu corazón penetre la alegría. Mira qué día tan hermoso sucede á la negra noche; pues así viene la felicidad detrás de las penas. Ten confianza en mí y descúbreme el secreto de tu melancolía.

— ¿Y para qué deseais saber mis infortunios? dijo el jóven viajero. No podeis consolarme ni auxiliarme.

— ¡Quién sabe! exclamó Pedro. Los cánticos que oímos en la iglesia dicen que los consuelos llegan cuando menos se esperan.

Y maese Block apremió con tanta amistad al jóven caballero de la triste figura, que este acabó por franquearse.

Refirió que había nacido en Franconia, que había servido en clase de ballestero al conde de Oeltigue, y que habiendo atravesado la ciudad imperial de Rottemberg se había enamorado de una jóven hija de un antiguo posadero.

— ¡Oh! ¡oh! pensó maese Pedro.

Algunas veces había podido hablarla cuando ella salía á entregar sus bordados.

Aquí maese Block apenas pudo contener una exclamación poco afable respecto de su esposa.

El ballestero prosiguió diciendo que la jóven, sin manifestarle ninguna aversión, le había pedido muy formalmente que no volviera á dirigirla la palabra, y que la olvidase, puesto que no tenía medios para poner casa y obtener su mano.



LAS AVENTURAS DE MAESE BLOCK. — La Bienvenida.



Maese Block y Fridolin.



Despedida de maese Block á los lectores.

— Todas mis súplicas, añadió el jóven, fueron vanas, tuve que obedecer renunciando á la esperanza de volverla á ver nunca. Me alejé de Rottemberg, y desde entonces ando errante al acaso, sin proyecto, sin valor, pero seguro de que mi pesar me libertará al fin y al cabo de la vida.

— Tu historia me interesa bastante, dijo maese Pedro; ¿por qué no me has hablado del padre de la muchacha? ¿Por qué no te has dirigido á él? Es probable que no se habría negado á tomarte por yerno.

— ¡Ah! repuso Fridolin, estais en un error. El padre es un vagabundo, un borracho que ha abandonado á su hija y á su esposa. Nadie sabe cuál es su paradero. ¡Dejar en la pobreza y sin protección á una jóven como esa! ¡Ah! preciso es que el corazón de ese hombre sea de bronce. ¡Yo dirigrme á él! Creo que si tropezara con él le arrancaría de un tirón todos los pelos de la barba.

El pobre Block abrió ojos tamaños cuando oyó á su jóven amigo cantar sus alabanzas en aquel tono.

Sin embargo, reflexionándolo bien, no se mostró ofendido.

Aquellas injurias procedían de un juicio recto, y así fué que resolvió hacerle depositario de su tesoro, lo cual le reportaría la doble ventaja de ocultar mas fácilmente su secreto á su furibunda mitad y de evitar las maliciosas suposiciones de sus conciudadanos de Rottemberg.

— Amigo mio, le dijo, abre tu mano, que yo entiendo de quiromancia y te voy á decir lo que tu estrella te anuncia.

— ¿Qué puede anunciarme sino la desgracia? dijo el jóven.

— Te equivocas.

— ¿No me engañais?

— No. Abre tu mano.

El supuesto adivino insistió alegremente, examinó las líneas de la mano con grande atención, meneó de tiempo en tiempo la cabeza con aire maravillado, y exclamó diciendo:

— Mañana al salir el sol emprenderás tu regreso á Rottemberg, donde la bella Lucía te recibirá muy gozosa. Un pariente lejano que no conoces te ha nombrado su heredero universal, y muy luego su fortuna será bastante para que puedas casarte y tener media docena de hijos.

Fridolin tomó estas palabras por una broma de mal género, y se levantó encolerizado para marcharse, pero Pedro le detuvo y le dijo:

— No me burlo, antes estoy dispuesto á darte una prueba de la verdad de mi profecía. Soy bastante rico para adelantarte sobre tu futura herencia todo el dinero que puedas desear. Tus ojos te van á convencer de la veracidad de mis palabras.

El jóven le siguió sin saber si estaba dormido ó despierto; y una vez que entraron en el cuarto, el vendedor de clavos cerró la puerta y descubrió lealmente á Fridolin su secreto.

Le dijo que él era el padre de Lucía y que le aceptaba por yerno, bajo la condición de que haría pasar por suya aquella fortuna, cuyo misterioso origen también le reveló.

Abrió el barril y dejó brillar á los deslumbrados ojos de Fridolin el metal amarillo escondido debajo de los clavos.

Ante este espectáculo se desvaneció la melancolía del ballestero; saltó de júbilo, abrazó á Block, y no sabía cómo encontrar palabras para expresar su agradecimiento.

Al día siguiente los dos amigos marcharon á Nuremberg.

Fridolin compró en Nuremberg un lujoso y elegante traje, y recibió una buena parte del tesoro. Prometió que en cuanto la madre de Lucía diera su consentimiento para la boda, enviaría un mensajero á su suegro, y este mandó á Rottemberg un carro cargado de muebles y de telas como si fuera un regalo de la familia del jóven.

El autor termina así su historia:

«Maese Pedro tuvo la cordura de gozar discreta y modestamente del producto de su viaje al Hartz.

«Fridolin vivió muy dichoso con su bella y virtuosa esposa, tuvo buenos amigos, fué nombrado miembro del concejo y llegó en su vejez á la cumbre de las grandezas, esto es, alcanzó el noble título de burgomaestre de la ciudad imperial de Rottemberg.

«Aun en nuestro tiempo, cuando un habitante de Rottemberg quiere hablar de un hombre muy rico, dice: «Es tan rico como el yerno del difunto maese Pedro Block el posadero.»

Los Editores-Proprietarios responsables

X. DE LASSALLE y MÉLAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.